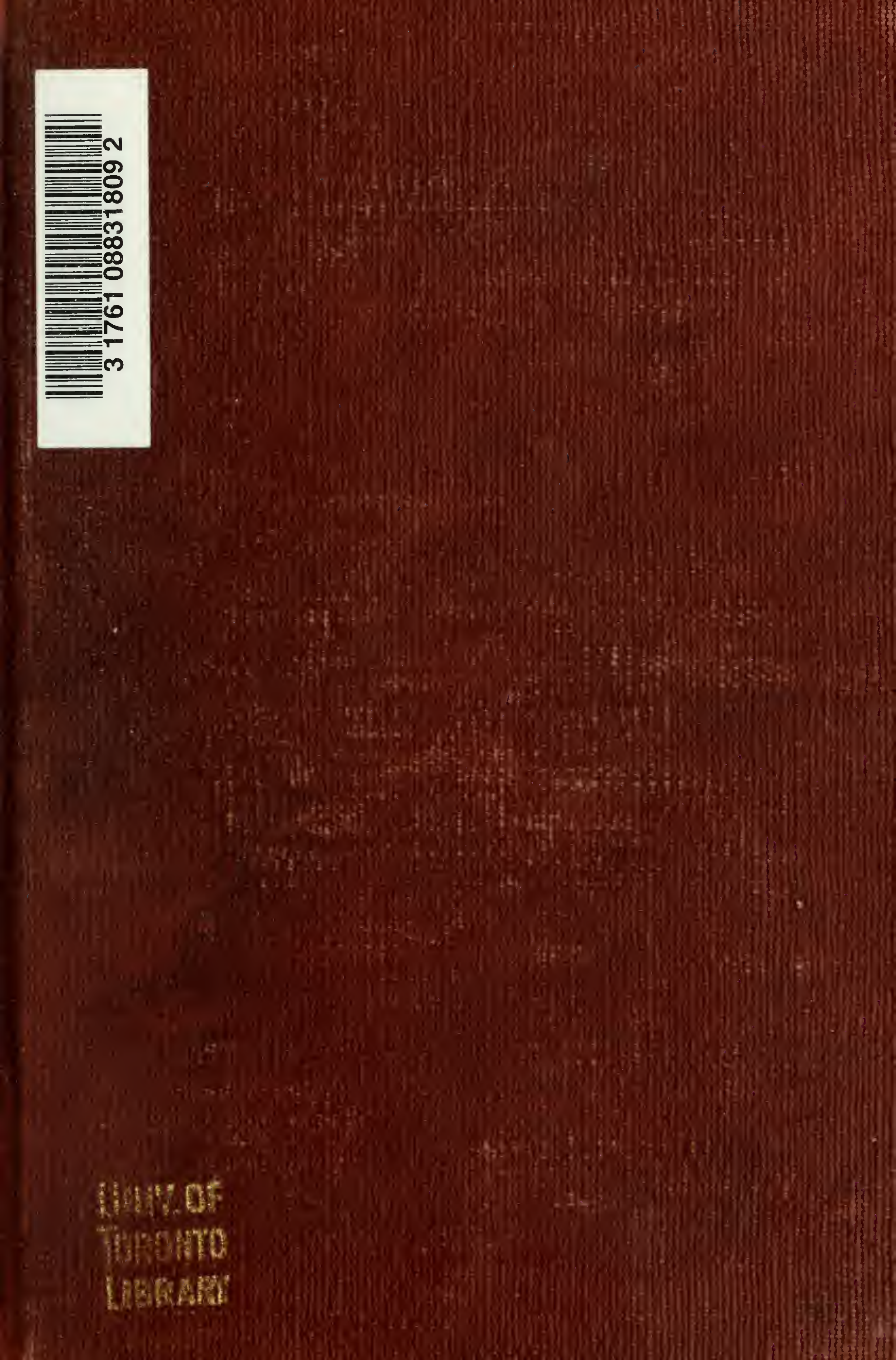

3 1761 08831809 2
UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

PIENSA MAL...

¿Y ACERTARÁS?

CASI PROVERBIO CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

JOSE ECHEGARAY.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullon.)
PEZ, 40.—OFICINAS. POZAS,—2—2.°

1884.

AUMENTO A LA ADICION DE 11 DE JUNIO DE 1883.

COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Á cual mas loco	1	D. Luis de Lara y Ossorio	Todo.
Anuncio de venta	1	Sres. J. Cuesta y Gay	»
Cambiar de génio	1	D. Luis Suarez	»
Cambio de habitacion	1	G. Perrin	»
Cortarse la coleta	1	E. Segovia	»
Contrastes matrimoniales	1	Federico Olona	»
Deuda de sangre	1	J. Velazquez y Sanchez	»
En el portal de mi casa	1	Juan Maestre	»
El cap d'Holofernes	1	Antonio Roig	»
En la plaza de Bons ó un hora de cuarentena	1	Antonio Roig	»
Els bans de les barraquetes	1	Antonio Roig	»
El beneficio de las víctimas	1	N. N	»
Escuela antigua	1	Alfredo Lasala	»
La carrera de la Dona	1	Juan B. Busquete	»
La catástrofe de Casamicciola	1	Jaime Piquet	»
La desconocida de san Jorge	1	Vicente Cobos	»
Las dos iniciales	1	N. N	»
Matrimonios modelo	1	R. Caruncho	»
Mi sócio y yo	1	N. N	»
Oros son triunfos	1	N. N	»
Recuerdos de gloria	1	R. Caruncho	»
Tres abelles de colmena	1	Antonio Roig	»
Una tiple averiada	1	Federico Olona	»
Un barber de Carreró	1	Antonio Roig	»
Un chuche munisipal	1	Antonio Roig	»
Un recalcitrante	1	Juan Marina	»
Venga de ahí	1	Juan Maestre	»
El asistente Quiñones	2	E. Zumel	»
Eleccion de ayuntamiento	2	Juan Utrilla	»
De carne y hueso	3	Vicente Colorado	»
El otro	3	Miguel Echegaray	»
La Charra	3	Ceferino Palencia	»
¿Perez ó Lopez?	3	Miguel Echegaray	»

ZARZUELAS.

¡Á la Pradera! ¡Á la Pradera!	1	Sres. Maestre y Arnedo	L. y M.
Arte de Birlibirloque	1	Caballero y Reig	L. y M.
Cantar victoria	1	Maestre	L.
Curriya	1	M. Fernandez Caballero	M.
Dos siglos en una hora, *revista*	1	Maestre y Arnedo	L. y M.
Dos tunantes	1	N. N	L.
El número fatal	1	N. y Mangiagalli	L. y M.

PIENSA MAL... ¿Y ACERTARAS?

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.
La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.
La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.
En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.
Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.
Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogia.)
El Gladiador de Rrvena, tragedia en un acto y en verso, imitacion.
Ó locura ó santidad, drama en tres actos, original y en prosa.
Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.
Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.
Lo que no puede decirse, drama original en tres actos y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)
En el pilar y en la cruz, drama original en tres actos y en verso.
Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.
Algunas veces aquí, drama original en tres actos y en prosa.
Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.
En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.
Bodas tragicas, cuadro dramático del siglo xvi, original, en un acto y en verso.
Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.
La muerte en los labios, drama original en tres actos y en prosa.
El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.
Haroldo el Normando, leyenda trágica en tres actos y en verso.
Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogia.)
Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.
Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.
Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.

3

PIENSA MAL... ¿Y ACERTARÁS?

CASI PROVERBIO CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

JOSÉ ECHEGARAY.

Representado por primera vez en el Teatro ESPAÑOL el 5 de Febrero de 1884.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.—1884.

IMPRENTA DE COSME RODRIGUEZ,

SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.

Calvario, n.° 18.

4

PERSONAJES.	ACTORES.
OLVIDO	Sra. Cirera.
ESPERANZA	Srta. Calderon.
LA NIÑA NIEVES	Mantilla.
BENIGNO	Sres. Maza.
VALENTIN	Cirera.
PEDRO	Fernandez (D. M.).
DON GENARO	Altarriba.
PAULINO	Balaguer.
Dos criados.	

Época moderna.

ACTO PRIMERO.

La escena representa el vestíbulo-salon de una quinta de recreo próxima á Santander. El fondo está dividido en dos partes desiguales. La de la izquierda del espectador es un gran rompimiento, tras él se divisa un jardin, más allá la verja, en el fondo el horizonte y un cielo muy alegre. La de la derecha está cerrada por una puerta bastante grande á la cual (cuando sea posible), debe subirse por dos escalones: al empezar la comedia está cerrada dicha puerta, al abrirse más adelante se ve un comedor muy lujoso. El rompimiento ocupa más de las dos terceras partes del fondo: la parte cerrada, el tercio restante. Á cada lado dos puertas que comunican con las habitaciones interiores. En el salon mucho, lujo en armonía con la época del año en que se supone la comedia, que es el mes de Agosto: sofás, mecedoras, tiestos con flores, cortinajes ligeros, mesitas de té, etc. Á la izquierda un sofá y dos sillas; á la derecha una mesa y una mecedora. Es media tarde: hácia el jardin mucha luz.

ESCENA PRIMERA.

OLVIDO, ESPERANZA.

Olvido en el sofá lánguida y soñolienta. Esperanza en la mecedora leyendo un libro: despues de algunos instantes lo arroja, se pasea y se dirige al fondo.

ESP. Qué calor! y qué verano!
El mar, espejo de plata

fundida, sin que lo rize
ni la brisa más liviana
el cielo de azul turquí
sin la más ligera gasa:
el aire inmóvil y ardiente:
el suelo como de lava:
sueño y cansancio y hastío,
y dejadez y galbana.
Qué dia, Olvido! qué dia!
qué aburrimiento!

OLVIDO. Y qué calma!

ESP. Te gusta el reposo?

OLVIDO. Mucho.

ESP. Y la quietud!

OLVIDO. Si es su hermana.

ESP. Y el olvido?

OLVIDO. Si es mi nombre.

ESP. Y el sueño?

OLVIDO. Sin sueños, vaya
si me gusta! Es tan hermoso!

ESP. Pues dilo en una palabra:
lo que te gusta es la muerte,
que por las señas no marra.

OLVIDO. No la busco; mas si acaso
viene... si mi Dios la manda...

ESP. La verás llegar sin pena?

OLVIDO. Por lo ménos, resignada.
Soy como soy.
(Contestando á un movimiento de impaciencia de Esperanza.)

ESP. Ya lo veo.

OLVIDO. Poca vida. (Sonriendo.)

ESP. Y muy ingrata!
Si tu esposo, mi tutor,
á escondidas te escuchara?
si viese la indiferencia
con que su Olvido adorada
discute el caso remoto,
y muy remoto, á Dios gracias,
en que el lazo conyugal
cortasen las viejas parcas, (En tono de burla.)
cogiendo entre sus tijeras,

cortantes como guadañas,
el estambre de tu vida,
como dice una obra clásica
que quise leer hace poco
de cansarme, ya cansada;
si el cariño que te tiene
otra recompensa no haya
que el decir, «adios Benigno:
me voy: tu Olvido se acaba:»
satisfecho debe estar!

OLVIDO. Calla por Dios, Esperanza! (*Animándose.*)
Aunque no le tenga apego
á esta vida que es prosáica
de suyo, por evitar
á mi Benigno una lágrima,
pacto hiciera de vivir
cien años de una tirada,
moderna Matusalen
como el de la historia santa.

ESP. Conque sólo por Benigno?

OLVIDO. Celosa! (*Levantándose y dándole un beso.*)

ESP. Pero tú, ingrata.

OLVIDO. No digas eso.

ESP. Está claro.

OLVIDO. Por todos vosotros: vaya!
si pensarás que yo soy
insensible ó descastada!
Á tí te quiero muchísimo,
como si fueses mi hermana.
Á don Genaro... pues no
es casi mi padre!...

ESP. Falta
otro nombre en esa lista:
la pobre niña... olvidada
la dejaste.

OLVIDO. Nieves?

ESP. Justo.

OLVIDO. Se supone.

ESP. Mal la pagas.

OLVIDO. Iba cuando me atajaste
precisamente á nombrarla.

ESP. En el último lugar.

OLVIDO. En el cielo de las almas (Triste y pensativa.)
á veces son los primeros
los últimos.
ESP. Que me agrada
tu defensa.
OLVIDO. No es defensa.
ESP. Pues tu excusa.
OLVIDO. Por qué causa?
Ya te lo dije: yo soy
como soy: tan desgraciada
fué mí niñez, tan penosa
mi juventud, horas tantas
he sufrido y he llorado
desde aquella hora menguada
en que desperté al dolor,
al despertar de la infancia,
que las fuentes generosas
de la vida y la esperanza
se secaron al brotar,
cual se seca en la montaña,
ántes de llegar al valle,
entre la arena abrasada,
el cristal que de un peñon
rompe la costra volcánica.
Y sigo así por el mundo:
dichosa al fin y sin lágrimas,
queriendo mucho quizá
á todos... pero cansada,
que la fatiga de ayer
hoy me pide olvido y calma.
ESP. Pobre Olvido, eres muy buena! (Acariciándola.)
y en cambio yo soy muy mala,
que sabiendo lo que vales
te apuré con quejas vanas.
Pero es, que yo soy tambien
como soy.
OLVIDO. Niña mimada
de la suerte.
ESP. De la suerte!
Ya sabes, querida hermana,
que yo no hubiese sufrido
sus veleidades. Se cansa

de ayudarnos? Se le obliga.

OLVIDO. Pero qué hacer?

ESP. Ahí es nada!
Luchar: la vida es la lucha:
y á mí vida no me falta. (Riendo.)

OLVIDO. Qué valientes somos todos
si está léjos la desgracia! (Pequeña pausa.)
Tu pasado, transparente,
sin la sombra más liviana:
tu porvenir, otro cielo
que el de tu pasado ensancha:
la juventud en el rostro,
la juventud en el alma:
hermosa como un lucero,
segun don Paulino canta.
y segun los ojos dicen,
y el limpio espejo retrata:
muchas haciendas en Cuba,
muchas casas en la Habana...

ESP. Y aquí muchos corazones
que me quieren. Ya olvidabas
lo principal.

OLVIDO. Dices bien:
el cariño, fuente santa
en cuyos puros cristales
beben sedientas las almas.
Para ser feliz, ¿qué puede
faltarte?

ESP. Faltarme? nada.

OLVIDO. Por eso no te dan miedo
las desventuras humanas.
Cuando tengas experiencia
y mis años...

ESP. Calla... calla!
Tengo tantos como tú. (Al oido.)

OLVIDO. Yo veinte y siete, Esperanza!

ESP. Yo... veinte y seis!... (Lo mismo.)
Mas chiton:
imprudencia temeraria
es hablar de estos asuntos,
que escucha el diablo y lo charla.
Y volviendo á nuestro cuento,

digo que es grande bobada
acobardarse en la vida
porque al destino le plazca.

OLVIDO. Pues mira, no te acobardes: (Riendo.)
nos vestimos y á la playa.

ESP. Á sentarnos?

OLVIDO. Ya comienza
la brisa. Ven.

ESP. No me agrada
á estas horas el paseo:
la noche llega... se acaba
la luz... silencio... y tristeza...
sombras que do quier avanzan...

OLVIDO. Yo pensé...

ESP. Muy tempranito,
cuando viene la alborada,...
eso sí... ¡son tan alegres
las horas de la mañana!

ESCENA II.

OLVIDO, ESPERANZA, la niña NIEVES.

Nieves entra corriendo por la izquierda y mira á ver si la persiguen.

ESP. Vienes huyendo?

NIEVES. Pues claro!
es mucha tema tambien!
qué señor!

OLVIDO. Pero de quién
huyes?

NIEVES. Pues, de don Genaro.

ESP. Se enojó contigo?

NIEVES. No:
mas quiso darme un disgusto.
Le ví con semblante adusto,
y «vuelvo»... le dije yo.
Y nada... no me ha de ver:
voy á escaparme al jardin
hasta que suene el «*tan tin*!
que ya es hora de comer.»

(Asomándose á la puerta por donde entró.)
No me persigue. ¡Aleluya!

OLVIDO. (Á Esperanza.) Hizo alguna fechoría.

NIEVES. (Volviendo al centro y dirigiéndose á Olvido.)
No señora.

OLVIDO. Yo creía...

NIEVES. La fechoría es la suya.

ESP. Sepamos en conclusion...

NIEVES. Pues oigan, y es la verdad,
y digan en caridad
si es que no tengo razon.

ESP. De fijo.

OLVIDO. Como lo pruebes...

NIEVES. (Abrazando á Esperanza.)
Tú eres mi único consuelo!

ESP. Siempre que riñe el abuelo...
y no hay otra...

NIEVES. Allí está Nieves.

ESP. Y ella es la que paga el costo.

OLVIDO. Pero en fin...

NIEVES. Pues á ello voy. (Pequeña pau sa.)
Pregunto: ¿qué dia es hoy?
(Con seriedad cómica.)

ESP. Hoy es el cinco de Agosto.

NIEVES. Y el calendario ¿qué reza? (Lo mismo que ántes)

ESP. Pues reza Nuestra Señora
de las Nieves.

NIEVES. En buen hora.
Pues aquí la historia empieza.
Como lo dices, lo ví:
Agosto, cinco, y enfrente
Santa Nieves. Lindamente.
Y me llamo Nieves?

ESP. Sí.

NIEVES. Luego es el dia sin par
de mi Santa! (Esperanza y Olvido rien.)
No te rias. (Á Esperanza.)
Y es justo que en tales dias
me obliguen á trabajar?
Pues don Genaro bendito
me hizo dar leccion de historia.
Medio libro! y de memoria!

reyes pongo y reyes quito!...
que se enguye á don Favila
un oso de pelo pardo!...
que predica San Bernardo!.
que nos amenaza Atila!...
que se acerca el Tamorlan!...
naciones que se trasiegan!...
bárbaros que siempre llegan
pero que nunca se van!...
Y que con tanto aprender,
y tanta y tanta leccion,
me dejan en conclusion
esos libros, sin saber
sobre poco más ó ménos,
al remate de la guerra,
qué somos en esta tierra,
si godos ó sarracenos.

OLVIDO. Vamos, Nieves, que ya abusas.

ESP. Déjale charlar, Olvido.

NIEVES. Vosotras lo habeis querido.

OLVIDO. Son de la pereza excusas.

NIEVES. Pereza! Y la Geografía?
Pues no es un grano de anís!
qué tierras! cuánto país!
y cuánta majadería!
Montañas que siempre crecen!
y mares que siempre bajan!
fronteras que se barajan!
y volcanes que se cuecen!
Un estado, de otro en pos:
muchos nombres y muy feos:
¡nos damos unos paseos
por esos mundos de Dios!
Le digo á usted que ya, ya!
Y para qué tanto lío?
Si de todo nada es mio,
qué me importa dónde está?
Me importa saber, por fin,
del jardin la situacion,
porque tengo precision
de ir á jugar al jardin.
Y si tengo hambre canina

me importa, con certitud
conocer la latitud
en grados de la cocina.
Y si Genaro se enfada,
y le pica mala mosca,
y pone la cara fosca,
y agita la mano airada,
le interesa á mi persona
conocer, y muy cabales,
las fronteras naturales
de tu habitacion, pichona; (Á Esperanza.)
que contra sus manotazos,
y su cara de veneno,
abrigo me da tu seno,
y amparo me dan tus brazos.
(Se precipita en los brazos de Esperanza, que la besa y la acaricia.)

OLVIDO. Y en mí no encuentras jamás
(Sonriendo, pero con tristeza y celos.)
amparo y abrigo? di.

NIEVES. Tambien... Claro está que si...
(Sin soltar á Esperanza.)
pero en esta mucho más.

OLVIDO. Yo te quiero!... (Sin poder contenerse.)

ESP. Qué bobada!
Ya lo sé.

OLVIDO. Como decías...

NIEVES. (Separándose de Esperanza y acercándose á Olvido.)
Digo... que siendo mis dias
no me has regalado nada.
(Con coquetería infantil.)

OLVIDO. Quieres un regalo?
(Cogiéndola con ánsia mal contenida.)
Ven.
(La lleva de la mano á una de las mesas laterales. la abre y busca en el interior.)

NIEVES. Es bonito?

OLVIDO. Á lo que arguyo,
te gustará.

NIEVES. Siendo tuyo
siempre se recibe bien.
(Se acerca corriendo á Esperanza.)

Mientras allí me hace el bú!...
aquí van á regalarme!¡
Hice bien en escaparme.
Y qué es ello? sabes tú?
(Á Esperanza en voz baja.)

OLVIDO. Ves... un anillo.
(Volviendo con una sortija en la mano.)

NIEVES. (Saltando de gozo.) Ande! Ande!
Un anillo! qué alegría!

OLVIDO. De tu padre! (Con profunda emocion.)

NIEVES. Vírgen mia!...
(Juntando las manitas conmovida tambien. Pequeña pausa. Recobra con la ligereza de la edad su tono alegre.)
Pero me vendrá muy grande. (Con temor.)

OLVIDO. No, porque lo hice achicar. (Sonriendo.)
Mira qué justo. (Poniéndoselo.)

NIEVES. (Gozosa.) Qué justo!
Y de mi padre!... qué gusto!
(Se conmueve otra vez y vacila.)

OLVIDO. Qué tienes? (Sosteniéndola.)

ESP. Vas á llorar?

OLVIDO. Nieves!...

ESP. Nieves!

NIEVES. (Sonriendo, pero conmovida.) Qué aprension!...
Explicártelo no puedo... (Á Olvido.)
Es que al oprimirme el dedo...
me ha oprimido el corazon.
(Pausa. Olvido procura contener sus lágrimas. Esperanza acaricia á la niña.)
Le conociste?

OLVIDO. (Dominándose.) No á fé.
Tu madre fué amiga mia...
y al morir...

NIEVES. Ya lo sabía.
Pero él?...

OLVIDO. (Alejándose.) Nunca.

NIEVES. Yo pensé...
Te molesto?

OLVIDO. No molestas.
Es natural desahogo.

NIEVES. Gracias...

(Vá á Olvido y la besa la mano: Olvido la estrech on sus brazos. Pausa.)

ESCENA III.

OLVIDO, ESPERANZA, NIEVES, D. GENARO que aparece por la derecha con unos libros en la mano.

NIEVES. (Viendo á D. Genaro.) Ay! el pedagogo!
Se cayó la casa á cuestas.
(Abrazándose más á Olvido. Esperanza se acerca tambien á ella.)
GENARO. Bien está: de esa manera (Con tono gruñon.)
si alentais su rebeldía,
de la chica, que es bravía,
nunca podré hacer carrera.
NIEVES. Dimos dos lecciones!
(Á Esperanza y Olvido: como buscando proteccion y con tono mimoso.)
GENARO. Hola!
Si dimos dos, faltan tres:
(Como ántes y con cierta dureza.)
cuentas, catecismo...
NIEVES. Pues,
y gramática española.
ESP. Valga nuestra intercesion.
OLVIDO. La trata usted de tal modo...
NIEVES. Y son mis dias!
GENARO. (Empezando á incomodarse.) De modo
que yo no tengo razon?
OLVIDO. Eso no.
GENARO. Que mi presencia
es enojosa! (Incomodándose.)
NIEVES. (Ap.) (Sí tal.)
GENARO. Que soy un mónstruo! (Incomodándose más.)
NIEVES. (Ap.) (Cabal.)
OLVIDO. Partamos la diferencia
y todo así se concilia.
De las tres lecciones... una.
GENARO. (Moviendo la cabeza y siempre con mal humor.)
Nieves no tiene fortuna:
Nieves no tiene familia:

lo amparais por caridad,
que alabo, tú y tu marido:
y mañana falta Olvido,
falta Benigno, y pensad
que ha de hacer la pobre chica
si yo no la educo bien.
Sin familia! sin sosten!
niña y pobre!...

ESP. (Cogiendo á Nieves.) Yo soy rica.

GENARO. Bueno; pero tú te casas.
(Con mal humor porque lo contrarían en sus argumentos.)

ESP. Y me la llevo conmigo.

NIEVES. Y á su lado encuentro abrigo. (Abrazándola.)

GENARO. (Cada vez más irritado.)
Y tambien mides y tasas
la existencia de los seres
á tu capricho?

ESP. No tal.
Pero no entiendo...

GENARO. Haces mal.
Y si tú tambien te mueres? (Con aire triunfante.)

ESP. Rodamos á lo profundo. (Riendo.)
si no hay quien nos dé la mano!
(D. Genaro se pasea con mal gesto.)

NIEVES. (Ap.) (Se muere el género humano.
y quedo sola en el mundo!
Y casi quedo mejor,
porque quedándome sola,
no hay gramática española,
lecciones, ni preceptor.)

OLVIDO. Basta ya de rigorismo: (Con alguna severidad.)
transijamos como dije.
Una leccion.

GENARO. (Con mal humor, pero sin atreverse á contradecir á Olvido.)
Si lo exige
ella...

NIEVES. La de catecismo.

GENARO. Pues vaya por la doctrina,
y á mas te doy á escoger
el repaso, para ver

hácia qué lado se inclina
tu voluntad infantil.
Piénsalo con madurez.

NIEVES. (Ap.) (Gracias á Dios que una vez
no se me presenta hostil.)

GENARO. La Salve?

NIEVES. La sé. Pues no!

GENARO. El Credo?

NIEVES. Ni un solo punto
hice ayer.

GENARO. Pues qué pregunto?
Vamos á ver.

NIEVES. Que sé yo.

OLVIDO. Decide y haya concordia.

NIEVES. Diga usted. (Muy humilde.)

GENARO. Repasarás...
muy despacito....

NIEVES. Qué? (Con interés y temor.)

GENARO. Las...
obras de misericordia.

NIEVES. (Con decision.) Son muy largas! son fatales!

GENARO. Pues dí que te gusta.

NIEVES. Á mí?
Lo que yo prefiera?

GENARO. Sí.

NIEVES. (Resueltamente)
Los pecados capitales.

GENARO. (Llevándose las manos á la cabeza.)
No me queda más que ver!
qué enemigo te ha inspirado?

NIEVES. Como ustedes me han dejado
la libertad de escoger...
yo les dije, lo que siento.

OLVIDO. Vamos, niña!... (Con severidad.)

ESP. Vamos, Nieves!...

NIEVES. (Con humildad.)
Son tan sencillos!... tan breves!...
que se aprenden al momento.

GENARO. Ahora corre de mi cuenta:
no te me vas de la mano: (Cogiéndola.)
desde todo fiel cristiano
hasta la página ochenta.

(Llevándola muy despacio hácia el fondo.)

NIEVES. Bien está... Si no me niego.

ESP. Pobre Nieves... (Á Olvido en voz baja.)

OLVIDO. (Á Esperanza, lo mismo.) Es preciso.

NIEVES. (Ap.) (Me sacan del paraiso...
y al purgatorio...)
(Volviéndose y en voz alta.) Hasta luego.

ESCENA IV.

OLVIDO, ESPERANZA, D. GENARO, NIEVES, BENIGNO por la izquierda con una carta en la mano y muy alegre.

BENIGNO. Olvido!... Esperanza!... al fin!...
las noticias que esperé! (Mostrando la carta)

OLVIDO. Noticias?

GENARO. (Á la niña, deteniéndose.) Aguarda.
(Á Benigno.) Qué?

BENIGNO. (Con aire triunfante.) Noticias de Valentin!
(D. Genaro vuelve con curiosidad: la niña le sigue.)

ESP. Y vendrá? (Con mucho interés.)

BENIGNO. No me acomodo
á otra cosa. Ha de venir.

ESP. Me alegro!
(Con mucha expresion. D. Benigno se rie con malicia.)
No hay que reir.
Le pintó usted de tal modo,
que una quiere... es natural,
y lo mismo quiere Olvido,
comprobar el parecido,
tratando al original.

GENARO. Es el amigote antiguo?
aquel romántico nécio?

BENIGNO. Un hombre!... vaya!... de precio!

GENARO. Pero precio muy exíguo.
De aquí nunca me pasó!
(Llevando la mano ligeramente á la boca.)

BENIGNO. No puede usted acordarse.

GENARO. Vamos...
(Cogiendo otra vez á la niña de la mano y queriendo llevársela.)

NIEVES. No quiere enterarse
(Invitándole á que se quede.)
de esas noticias?

GENARO. Que no.
(Llevándosela. Nieves vuelve la cabeza y dirige miradas suplicantes á Benigno.)

BENIGNO. Á dónde lleva á la niña?

GENARO. Á la leccion.

NIEVES. Al repaso!

BENIGNO. Vas triste? Temes acaso
que el abuelito te riña?

NIEVES. No señor. (Con mimo: como si dijera que sí.)

BENIGNO. No tienes gana
de trabajar?

NIEVES. Como son
mis dias... pensé...
(En voz muy alta, mientras D. Genaro se la lleva, volviéndose hácia Benigno.)

GENARO. Chiton!
(Sacudiéndola el brazo y en voz baja: tiene miedo de que le quiten su presa.)
quieres callar, charlatana!

BENIGNO. Déjela usted. No hay estudio!
Yo lo suprimo en albricias...

GENARO. De qué?

BENIGNO. Pues de las noticias
que traje.

GENARO. Lindo preludio.

BENIGNO. Vete á jugar al jardin.
Libertad! Yo la decreto!
Fuera los libros! Asueto,
en honor de Valentin!

NIEVES. Y usted... qué dice? (Con temor á D. Genaro.)

GENARO. En rigor...
él manda... (Soltándola con mal gesto.)

BENIGNO. Mando y ordeno!

NIEVES. (Corre á Benigno, le besa, y despues se marcha saltando hácia el jardin.)
Don Valentin! ay qué bueno
debe ser ese señor!

BENIGNO. Vas contenta?

NIEVES. Muy contenta! (Desde léjos.)

GENARO. Pero mañana temprano!...
(Levantando la mano con aire amenazador.)
NIEVES. Desde todo fiel cristiano
hasta la página ochenta.
(Sale corriendo y desaparece en el jardin.)

ESCENA V.

OLVIDO, ESPERANZA, BENIGNO, D. GENARO.

GENARO. Benigno, no eres Benigno,
eres un hombre fatal:
tu sistema, no es sistema,
es, en toda puridad,
la anarquía permanente,
y el desórden general.
Á veces, Benigno, pienso
con toda formalidad,
que tú tienes simpatías,
que formas parte quizá
de la seccion encargada
de extender y propagar
las máximas deletéreas
de alguna internacional.
ESP. (Á Benigno.) El sermon que preparaba
para Nieves, fué á estallar
sobre usted.
BENIGNO. (Á su padre.) Por qué razon?
porque he dado libertad
á ese angelito que usted
se empeña en tiranizar?
GENARO. Por eso y por todo: entiendes?
Porque es tu carácter tan
dulzarron y bondadoso,
y confiado, y celestial,
y benigno, que tu nombre
más que nombre es mote ya.
OLVIDO. Así le queremos todos.
BENIGNO. Bien dicho.
ESP. Y hago constar
que mi voto y el de Nieves
en votacion nominal

se unen á la mayoría
que es casi unanimidad.
Todas? (Á Olvido.)

OLVIDO. Todas.

GENARO. (Con sorna.) Lo supongo.

BENIGNO. Pero yo causo algun mal
á las gentes con dejarles
ir á su gusto y en paz?
con tenerlas por fieles
mientras no hay prueba formal
de su traicion? y hasta tanto
con brindarles mi amistad?
Es de ley tener por sangre
bilis para ser cabal,
y llevar siempre un depósito
de pólvora y alquitran?
es pecado estar alegre
si es este mi natural?

GENARO. Yo sólo digo, Benigno,
que desde tiempos de Adan,
la confianza tiene un límite
y un límite la bondad;
que cuando pasa su punto
se convierte en rejalgar,
y que no hay nada en la tierra
que nos tocó por acá,
más funesto y corrosivo,
que tanta benignidad.

BENIGNO. Todo eso lo dice usted
con segunda.

GENARO. Claro está:
y con tercera, y con cuarta,
y con quinta, y mucho más,
hasta agotar por completo
todo el sistema ordinal.

BENIGNO. Porque pienso proteger
á Valentin: porque es más
bueno, y más generoso,
y más desdichado...

GENARO. (Con sorna.) Ya.

BENIGNO. Pero sabe usted su historia? (Exaltándose.)

GENARO. La de los locos de atar.

BENIGNO. Pero usted quiere saberla? (Lo mismo.)
GENARO. Él mismo la contará.
BENIGNO. Es altivo y de sus cuitas
no hace ostentacion jamás!
Tiene el llanto su pudor
como el seno virginal
de una jóven tiene el suyo!
Y si es preciso ocultar
desnudeces de la carne
con los pliegues de un sayal
cuando ménos; tambien tiene
desnudeces que velar
el alma, para librarla,
en el roce mundanal,
de burlonas ó curiosas
miradas del mundo audaz.
GENARO. Palabras, ya sé, hijo mio,
que nunca te faltarán:
juicio y prudencia ya son
harina de otro costal.
BENIGNO. (Animándose cada vez más.)
Así juzga usted de un hombre
sin conocer ni apreciar
su pasado... sus desdichas...
sus desengaños...
GENARO. Hay tal!
Si yo no juzgo de nadie!
Si tu Valentin será
un santo, digno de un nicho
en alguna catedral!
Pero hasta que yo no sepa
su historia...
ESP. La contará
Benigno.
BENIGNO. Pues no! Si ustedes
la desean...
ESP. La verdad,
rabiando estoy por saberla.
Y tú, Olvido, que ahí estás
tan callada?
OLVIDO. (Distraida ó indiferente.) Tambien siento...
alguna curiosidad.

GENARO. Vamos, cuenta y déjanos
con tu Valentin en paz.
Si desde que entraste aquí
se vé bien claro que estás
con furor de autor dramático
rabiando por reventar.

BENIGNO. Si se empeñan?... (Muy contento.)

GENARO. Dale bola!

BENIGNO. Quieres, Olvido?

OLVIDO. (Con dulzura y cariño.) Será
interesante?

BENIGNO. Muchísimo!

OLVIDO. Cuenta, pues.

GENARO. Acabarás?

ESP. Venga cerca de nosotras. (Á Benigno.)
(Se sientan las dos en el sofá: á su lado Benigno: en pié, detrás del grupo, D. Genaro: despues se sienta.)
Don Genaro, más acá.
Todos juntitos: así.
Conque puede usté empezar.
(Pausa. Benigno se restriega las manos y se prepara con mucho afan para relatar su historia.)

BENIGNO. Vuelvo á los tiempos pasados!...
evoco rayos dispersos!...
muchachos alborotados!...
rostros alegres y tersos,
y cabellos encrespados!

—

Llanto y risa por mitad:
él muy niño y yo muy niño,
casi de la misma edad:
primero, infantil cariño:
más tarde, firme amistad.

—

Amistad correspondida,
que comienza sin jactancia
y sin estar convenida,
en un colegio de Francia
y dura toda la vida.

—

Le acosan? Yo le defiendo.

Me pegan? pues él airado,
á este tumbo y á este tiendo.
Y si hay un tema embrollado
me explica lo que no entiendo.

—

En el juego, en la velada,
por mil diferentes modos,
él, mi mejor camarada!
Los más íntimos de todos
sin parecernos en nada.

—

Sin que su fuerza traspase
lo justo, siempre el más fuerte:
y sin que nunca repase,
por talento, no por suerte,
siempre el primero en la clase.

—

Así su vida y la mia:
cual dos retoños que brotan
en el centro de una umbría
cuando las sombras se agotan
y cuando despunta el dia.

—

Pero alegre y suelto el mio
rompe la techumbre oscura
buscando luz y rocío,
y el suyo, triste y sombrío
más se mete en la espesura.

—

Y es, que aunque suele reir
aquel niño, es evidente
para el que sabe sentir,
que lleva sobre su frente
tristezas del porvenir.

—

Pasaron de la niñez
los años con harta prisa:
corrió el tiempo, y cada vez
más amarga su sonrisa
y más pálida su tez.

—

Se fué de su patria al fin,

no me ha escrito en muchos años;
pero tengo en el magin,
que pobre y con desengaños
vuelve á España Valentin.
(Se queda mirándoles con aire satisfecho. Todos le miran y aguardan que continúe. Pausa. Este juego escénico queda encomendado á los actores.)

ESP. Á ver... (Con impaciencia.)

OLVIDO. Sigue. (Con interés.)

GENARO. (Con impaciencia y mal humor.) Acabarás?

OLVIDO. Sus tristezas!

ESP. Sus amores!

GENARO. Las penas que dejó atrás!

OLVIDO. Su historia...

BENIGNO. (Algo asombrado y mohino.) Con pormenores?
yo no la supe jamás.
(Sorpresa y desencanto en todos. D. Genaro se levanta: lo mismo Esperanza: le dejan solo.)

GENARO. Ahí tienes lo que es Benigno! (Á Olvido.)

OLVIDO. Como siempre nos decias...
Yo pensé que tú sabías...

BENIGNO. Y lo que sé lo consigno.
(Se levanta algo cortado y toma de la mesa una fotografía que contempla mientras los demás hablan.)

GENARO. Pero si no sabes nada
de la historia de ese mozo!

ESP. (Ap.) (Vaya, mi gozo en un pozo!
Yo que estaba encariñada
con una linda novela
de amores y desventuras!)

GENARO. Contarnos las travesuras
de dos chicos de la escuela!
Vaya un sabroso relato!

BENIGNO. Señor... para comprender
que ha sufrido... basta ver
con atencion su retrato.
(Tocándolo con la mano libre.)

GENARO. No hay modo de que escarmiente!

OLVIDO. Benigno, no te has lucido.
(Sonriendo con cariño.)

GENARO. Quita allá, no es permitido
engañar así á la gente.

BENIGNO. Pues señor, siga el chubasco.
GENARO. Por mí que siga y granice.
BENIGNO. Y mi pupila, qué dice?
ESP. Que me he llevado un gran chasco.
BENIGNO. Mira despacio, Esperanza.
(Empeñado en que vean el retrato. Esperanza se acerca.)
Y tú tambien, ven, Olvido.
(Los tres miran el retrato. D. Genaro se pasea impaciente.)
ESP. Que es guapo y descolorido
á cualquiera se le alcanza.
GENARO. Si el testigo es ese solo,
bravo testigo, á fé mia.
Yo ví mi fotografía
y me encontré hecho un Apolo.

ESCENA VI.

OLVIDO, ESPERANZA, BENIGNO, D. GENARO, NIEVES que entra jugando por el fondo.

BENIGNO. Qué simpático!
ESP. Eso sí.
BENIGNO. Y qué triste!
OLVIDO. Al parecer...
NIEVES. Yo tambíen quisiera ver
lo que están mirando.
(Ap. Se acerca con curiosidad procurando empinarse. D. Genaro se aproxima al grupo y mira el retrato.)
GENARO. Á mí,
si he de hablar á mi manera...
me parece... regular:
una cara muy vulgar:
pues... la cara de cualquiera.
BENIGNO. Eso si que no lo admito.
ESP. Eso no: no es usted justo.
NIEVES. Déjame ver...
¡Ay que gusto!
¡ay que señor tan bonito!
(El órden de los personajes de izquierda á derecha, es el siguiente: Olvido, Esperanza, D. Genaro, Be-

nigno. Nieves queda entre estos dos últimos personajes.)

GENARO. Un señor, que se parece
al primero que se tope.
Á la carrera, al galope
encuentro mil.

BENIGNO. Pues empiece.

GENARO. (Apoderándose de la fotografía.)
No me dieran mas pension
que buscarle parecido
á un muñeco mal fingido
al respaldo de un carton.

BENIGNO. Á ver. (Desafiándole con burla.)

GENARO. (Mirando alrededor y por último á Benigno.)
Pues á tí.
(Todos sueltan la carcajada y más que todos Benigno.)
Te atreves
á negarlo?

BENIGNO. Qué certero!

GENARO. Y al muchacho del portero.
(Otra carcajada general.)
(Sigue mirando á todos y al fin se fija en la niña.)
Y si me apuras, á Nieves.
(Olvido se estremece, pero nadie lo nota y todos siguen riendo.)

ESP. Pues dice verdad.
(Mirando el retrato y en tono de broma.)

GENARO. Pues claro.
(Olvido coge la fotografía: Esperanza sigue observándola.)

ESP. Qué chistoso!

BENIGNO. Qué chistoso!

CRIADO. (Anunciando por el fondo.)
Don Paulino Valle-Umbroso.

BENIGNO. (Saliéndole al encuentro y dándole la mano.)
Don Paulino...

PAULINO. (Avanzando para saludar á D. Genaro.)
Don Genaro...
(El Criado se retira cuando D. Paulino entra.)

ESCENA VII.

OLVIDO, ESPERANZA, BENIGNO, D. GENARO, NIEVES, PAULINO.

Olvido despues de mirar la fotografía ha caido ó se ha dejado caer en el sofá: junto á ella se sienta Esperanza. Nieves se va jugando por el fondo: de cuando en cuando sale al jardin y vuelve. Benigno y D. Genaro en el centro recibiendo á D. Paulino.

PAULINO. (Acercándose y dando la mano.)
Y estas señoras?... Olvido...
Está usted mala...
OLVIDO. (Sonriendo.) No á fé.
PAULINO. Perdone usted... yo pensé
notar...
OLVIDO. Sin duda habrá sido
una ligera jaqueca
que hoy tuve.
ESP. Nada digiste! (Con interés.)
OLVIDO. Para qué?
ESP. Yo la ví triste:
eso sí. Mi hermana peca
de sufrida.
(Con solicitud y dirigiéndose á Paulino.)
PAULINO. Y ha pasado?
OLVIDO. Del todo.
PAULINO. Y usté, Esperanza?
ESP. Buena. Gracias.
PAULINO. Mi tardanza
dispensen. Me he retrasado...
OLVIDO. No tal.
PAULINO. En verdad lo siento.
Siempre Esperanza divina!
(Ap. Mirando á Esperanza.)
Dónde anda la chiquitina? (En voz alta.)
OLVIDO. Aquí estaba hace un momento.
ESP. Qué hay de nuevo en Santander?
PAULINO. Nada. El vapor que llegó.
BENIGNO. Gente conocida?
PAULINO. No.

GENARO. Si ustedes quieren comer
pienso que es hora.
(Todos se levantan. D. Genaro toca un timbre. La puerta del comedor se abre y se presenta un criado. El comedor muy lujoso, la mesa puesta, profusion de luces. En la escena poca claridad: empieza á anochecer: en el jardin el resplandor de la luna.)
Luciano,
la comida.
LUCIANO. Está servida.
GENARO. Aquí, Nieves. (Llamando á la niña.)
NIEVES. (Ap.) No me olvida.
GENARO. No te sueltes de mi mano.
BENIGNO. Pasemos al comedor.
Usté, el brazo á mi mujer. (Á Paulino.)
Yo contigo: es mi deber: (Á Esperanza.)
la pupila y el tutor.
(Todos entran en el comedor: delante Olvido y Paulino, despues D. Genaro y la niña: los últimos Esperanza y Benigno.)

ESCENA VIII.

La escena sola: en el comedor todos los personajes, que van ocupando sus asientos.

ESP. (Á Paulino, indicando una ventana que se supone que existe, dado que no se vea.)
De aquí se vé la marina.
GENARO. Vamos, Luciano, esa puerta.
Siempre la dejas abierta
y es detestable vecina.
No gusto de aires colados. (Á Paulino.)
PAULINO. Son muy sanos: son del mar. (Riendo.)
GENARO. Soberbios para tomar
marítimos constipados.
(Luciano cierra la puerta del comedor.)

ESCENA IX.

VALENTIN, PEDRO por el fondo.

PEDRO. Por aquí, don Valentin:

no hay quien nos estorbe el paso.

VALENT. Por las trazas se digera
que es un castillo encantado.
Tampoco hay nadie...

PEDRO. Tampoco.
Y así nos vamos entrando
como Pedro por su casa;
que por algo al bautizarnos,
es decir, al bautizarme,
Pedro me puso el vicario.

VALENT. Por esta vez si te quejas
de que encontramos obstáculos,
como siempre, en el camino
que nuestro destino aciago
nos hace seguir, te quejas
de vicio y por rutinario.

PEDRO. Yo desconfío, señor,
cuando un sendero es muy franco,
cuando una entrada es muy fácil,
cuando un camino es muy llano,
que lo que nos cuesta poco,
suele salirnos muy caro.
Facilidades mundanas
son trampas en que entrampamos,
y en que nos caza la suerte
ó con cebo ó con reclamo.

VALENT. Tú presumes que Benigno?...

PEDRO. Nos tiene ya preparado,
para adicionar la lista
otro nuevo desengaño.
Usted no cree?... (Señalando alrededor.)

VALENT. Mira, Pedro,
casi en nada, ni en presagios.

PEDRO. Los hay que valen muy poco;
pero los hay!...

VALENT. Y has notado
alguno de esos que valga
la pena?...

PEDRO. Desde que entramos.
De la verja en el dintel
no hubo portero menguado
que nos echase, la puerta

dirigiendo al férreo marco.
No salió de su garita
perro de presa, ni galgo,
ni animal de cuatro patas
y colmillos afilados
á recibirnos. Qué más?
no hay ni un mísero lacayo,
(Dirigiendo su vista á todas partes.)
ni un pinche, ni un marmiton,
ni un negro de dientes blancos,
que ejercite su insolencia
para dar tono á los amos.
Y luégo .. la oscuridad...
el silencio... el mar lejano...
con el rumor de sus olas
insistiendo en arrullarnos.
Calma traidora, señor;
nada bueno de ella aguardo.
Cuando el mal tarda en venir
¡qué grande viene y qué bravo!

VALENT. Tú tienes, Pedro, experiencia;
y aunque charlas sin descanso,
en lo que dices hay siempre
mucho bueno.

PEDRO. Y nada malo.
Si usted quisiera enterarme?...
(Con humildad.)

VALENT. Compañero, no criado,
(Poniéndole una mano en el hombro y hablándole con afecto.)
fuiste siempre para mí.
Pregunta.

PEDRO. Voy preguntando. (Pequeña pausa.)
Es muy rico don Benigno?

VALENT. Poderoso: un potentado.

PEDRO. Há mucho que no se ven?

VALENT. Mucho tiempo: muchos años.

PEDRO. Y fué su amigo?...

VALENT. De niño.

PEDRO. Con la edad todos cambiamos.
Él sabe que usted es hoy?...

VALENT. Un mísero. Le he explicado

en mi carta, que volvía
despues de luchar en vano
con la suerte, sin amigos,
sin recursos, sin amparo,
sin esperanzas, ya casi...
sin casi, desesperado.

PEDRO. Usted mismo se ha dispuesto
un recibimiento magno!
Esas miserias se sufren,
no se cuentan.

VALENT. Á un hermano!...

PEDRO. Nunca supo usted la fábula
del pino y de sus dos vástagos?

VALENT. Nunca.

PEDRO. Pues, mientras parecen...
por ocuparnos en algo...

VALENT. Refiérela si no es larga.

PEDRO. Bueno es que la oiga sentado.
(Valentin se sienta.)

VALENT. De quién la aprendiste, Pedro?

PEDRO. De un padre, en el Seminario.
Mi educacion...

VALENT. Ya lo sé.

PEDRO. Pero los tiempos cambiaron. .

VALENT. Si es larga y le pones prólogo...

PEDRO. Pues bien, suprimo el preámbulo. (Pausa.)
De un precipicio á la vera,
en un monte solitario,
un viejo pino extendía
altivo sus verdes ramos
sobre el torrente, que ronco
iba por el fondo á saltos.
Entre varias una piña,
robusto fruto del árbol,
en leñosas envolturas,
conservaba aprisionados
sus piñones, duros gérmenes
de otros bosques y otros ramos.
En tal cárcel dos de aquellos
pequeños y fuertes granos,
siempre unidos por su madre,
siempre juntos y apretados,

cual si se diesen un beso
rudo y tosco, pero sano,
vivían, sin saber nada
del mundo y de sus estragos.
Eran casi dos gemelos:
de seguro dos hermanos.

VALENT. De tu cuento falta mucho?

PEDRO. Casi á la mitad estamos.

VALENT. Presumo que pudo ser
más corto.

PEDRO. Y tambien más largo.
Una noche rugió el trueno,
bajo el torrente bramando,
desgarráronse las nubes
y sobre el pino empinado
en viva línea angulosa
desplomóse rojo el rayo.
La piña quedó deshecha,
llevóse el viento sus granos
y de los dos compañeros
de repente separados,
uno quedóse en la altura,
rodó el otro por el flanco
del precipicio hácia el fondo,
y en un peñon tomó arraigo
al pasar: todo un abismo
entre el uno y otro hermano.

VALENT. Y acabó tu historia?

PEDRO. Falta
el desenlace.

VALENT. Pues rápido.

PEDRO. Pasaron lentos los dias
y con los dias los años.
Naturaleza fué próvida:
las simientes arraigaron:
soberbio pino el de arriba
pobre y mezquino el de abajo.
Para altos destinos fué
el de la cima cortado,
que era gigante en la cumbre
y espléndido su penacho:
para rodar hasta el mar

el del fondo del barranco,
que la serpiente de plata
lo arrancó entre espumarajos.
Y una noche... como aquella,
muy léjos... en el Atlántico,
por encima del oleaje,
iba un buque con su palo
mayor rompiendo las nubes
y sosteniendo el velacho.
Y muy cerca de la quilla,
en el abismo formado
por dos olas, negro seno
en aquel líquido campo,
flotaba un tronco sin ramas
y de amargura empapado.
«Soy aquel!»—gritó el del fondo.
«Dame auxilio!»—«Estás muy bajo.»
dijo el de arriba, sus fibras
ligeramente encorvando.
«Juntos nacimos.»—«Tal vez.»
«Nos separó...»—«¿Quién?»—«El rayo.»
«Me anego!»—«Me llama el puerto.»
Y al tronco desamparado
entre hirvientes torbellinos
las olas se lo llevaron,
mientras el mástil robusto
con el velámen hinchado
sobre montañas de espuma
siguió á la nave empujando:
que el pino de la montaña
rey ha sido en el Atlántico.
(Valentin oye el final de la relacion en pié. Pedro se aproxima á su amo.)
Cuando separa un abismo
muy profundo á dos hermanos,
es inútil que el del fondo
llame al otro. Está muy alto:
y lleva prisa: y no escucha:
y va erguido: y va lejano:
y el que se anega, se anega:
y el que flota se abre paso:
para horizontes arriba:

para negruras abajo.
VALENT. Tienes razon, como siempre.
PEDRO. Entónces, qué hacer?
VALENT. Salgamos.
(Se dirigen los dos al jardin para marcharse.)

ESCENA X.

VALENTIN, PEDRO, NIEVES, D. GENARO.

La escena oscura: la puerta del comedor cerrada: el jardin iluminado por la luna. Por la derecha del jardin se vé salir á Nieves. Detrás de ella D. Genaro; pero ambos en el jardin.

VALENT. Espera... ves... una niña... (Á Pedro.)
GENARO. Á dónde vas?
PEDRO. Y ahora un viejo. (Á Valentin.)
NIEVES. No tema usted: no me alejo.
GENARO. Pero, á dónde vas?
NIEVES. No riña:
no hay motivo. Es un terron
de azúcar... que voy á dar
al perro de Baltasar,
y otro igualito al pachon.
Es costumbre: ya lo sabe:
por eso me quieren tanto.
Y el pachon, ¡que es un espanto
con todos!... conmigo suave
y manso como un borrego.
Pues diga usted que el alano
siempre come de mi mano,
y se tumba si le pego.
GENARO. Vuelve pronto.
NIEVES. Sí, señor.
GENARO. Y no salgas del jardin.
NIEVES. Claro está.
(Nieves se vá corriendo por la izquierda. D. Genaro se vuelve por la derecha.)

ESCENA XI.

VALENTIN, PEDRO.

PEDRO. Don Valentin,
ya tenemos defensor,
por si el amo es muy adusto.
VALENT. Esa niña: dices bien.
Y que mona! verdad?
PEDRO. Quién
por entretener el gusto
de pachones y de alanos
les dá azúcar de pilon,
guardada la proposicion
dará pan á dos cristianos.
Menos mal.
VALENT. Dirás que sueño:
dirás que soy... lo que quieras:
el mundo de las quimeras
es un mundo tan risueño!
Los dos en la oscuridad
observando el grupo aquel;
de la luna en el vergel
la plateada claridad:
esa niña y ese anciano:
su charla tierna y gentil:
la brisa fresca y sutil:
del mar el rumor lejano,
se figuran mis antojos
que la vision pueden ser
de un mañana y de un ayer
flotando ante nuestros ojos.
(Dirigiéndose al jardin y mirando con interés.)
PEDRO. Y yo le digo y no yerro,
que en esa vision soñada
el papel que más me agrada
es el que está haciendo el perro.

ESCENA XII.

VALENTIN, PEDRO, NIEVES.

Ésta por el fondo llorosa y apretando la mano: viene de éste modo lentamente hácia el proscenio.

NIEVES. ¡Ah, traidor! no lo hizo nunca.
Pues no me mordió el pachon
al alargarle el terron!
PEDRO. (Ap.) (Una amistad que se trunca.)
NIEVES. Me está doliendo!... qué malo!
Sin azúcar cinco dias;
y si quiere gollerías,
agua y pan, cadena y palo!
PEDRO. (Ap.) (Pobre niña, no te asombres.)
NIEVES. Morder á quien le hace bien!
quién hace eso? vamos, quién?
PEDRO. (En voz alta.) Algunas veces los hombres.
NIEVES. Hablaron?... Sí. Don Genaro...
VALENT. (Acercándose.) No es Genaro, niña bella.
NIEVES. Quién es usted? (Retrocediendo asustada.)
VALENT. Quien la mella
que ese perro, sin reparo,
por aturdido ó travieso
hizo en tus dedos de nieve
y en tu linda mano breve,
borrar quiere con un beso.
Huyes de mí?
NIEVES. Por favor...
VALENT. No te asustes.
(Alcanzándola en la puerta del jardin, cogiéndola de la mano con mucho cariño y deteniéndola: Nieves se detiene y le mira.)
NIEVES. No me asusto.
VALENT. Cómo me miras!
NIEVES. Qué gusto!
VALENT. Me conoces?
NIEVES. Si señor.
Mas de lo que piensa usted.
Y qué alegría en la casa!

Espere aquí.

PEDRO. Qué le pasa?

(Nieves se dirige apresuradamente al comedor.)

ESCENA XIII.

VALENTIN, PEDRO, NIEVES, OLVIDO. ESPERANZA, BENIGNO, DON GENARO, PAULINO.

Valentin y Pedro en el proscenio observando con extrañeza á Nieves. Ésta corre á la puerta del comedor y la abre.

NIEVES. Benigno... Esperanza... ved...
ved quien vino hace gran rato!
Luces!... luces!... que aquí espera.
(En la puerta del comedor siempre iluminada con esplendidez, los demás personajes que acuden á los gritos de la niña. El proscenio siempre á oscuras.)

BENIGNO. Pero quién es? (Desde la puerta del comedor.)

NIEVES. Friolera!
aquel señor del retrato!

BENIGNO. Qué dices? (Adelantándose.)

GENARO. Un polvorin
es esta chica.

NIEVES. Ahí está.
Acérquese y le verá. (Á Benigno.)

BENIGNO. Él! (Dando unos pasos.)

VALENT. Benigno! (Tendiéndole los brazos.)

BENIGNO. Valentin!
(Abrazándose estrechamente. Los demás personajes como se ha indicado.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

ESPERANZA y BENIGNO.

Esperanza sentada y triste. Benigno paseándose muy alegre y mirándola á hurtadillas.

ESP. Qué alegre!
BENIGNO. Como otras veces.
Ya sabes: es mi costumbre.
No me tomo pesadumbre,
como otros, por pequeñeces.
La suerte me trató bien:
mi mujer es un tesoro:
me quiere mucho: la adoro:
somos felices, y amen.
Doy amparo á cuantos puedo:
mi conciencia está tranquila:
tengo una linda pupila... (Con galantería.)
lo demás me importa un bledo.
Pero no dijiste mal:
hoy me siento más gozoso
que nunca. Soy un coloso
de ventura terrenal:

ESP. Y no se puede saber
la causa de esa alegría
extraordinaria?

BENIGNO. Hija mia,
cuando quieras.

ESP. Pues á ver.

BENIGNO. (Con sorna.) Pero ántes hay que aclarar
otro punto.

ESP. No adivino...

BENIGNO. ¿Por qué ese rostro divino,
que hasta hoy vimos centellear
de placer y de belleza,
aunque siempre es un dechado
de gracias, está empañado
con neblinas de tristeza?

ESP. Pues no hay causa: ni en mí cabe
el ocultarla.

BENIGNO. Es corriente:
pero el alma á veces siente...
y lo que siente no sabe.

ESP. Será el tiempo. Ayer galerna:
triste el cielo: empieza otoño...

BENIGNO. La flor: el fruto: el retoño!
(Con exagerado lirismo y siempre bromeando.)
pues, la evolucion eterna.
Y al cabo con su rigor
extremo el invierno impío.
Y el corazon siente frio
y busca abrigo y calor.

ESP. Habla usted con retintin!
Soy yo tal vez?...

BENIGNO. Poco á poco.
Tú, frio? Será... sofoco!
Con pregones de carmin
lo está diciendo tu faz,
espejo del corazon.

ESP. Hoy está usted muy burlon!
muy cruel! y muy mordaz!

BENIGNO. Qué quieres? es que resbalo:
es decir, que me adoceno:
que me canso de ser bueno
y que comienzo á ser malo.

Con que puesto en la pendiente,
me preparo á saborear
el placer de atormentar
un poquitito á la gente.

ESP. (Levantándose con resolucion y acercándose á don Benigno.)
Vamos á ver: en conciencia,
¿me adornan muchas virtudes?

BENIGNO. Todas! (Con exageracion cómica.)

ESP. Todas? (Con algo de sorna.)

BENIGNO. No lo dudes.

ESP. Rebaje una: la paciencia.
Conque explique sin tardanza,
y en prosa, su pensamiento.

BENIGNO. Bien está. Voy al momento.
Quise decir, Esperanza,
que por profundos arcanos,
y misteriosa armonía,
tu tristeza y mi alegría
son parientes muy cercanos.

ESP. Ni palabra.

BENIGNO. Pues sonries.

ESP. Pues no es porque haya entendido.
Pongamos, tutor querido, (Con impaciencia.)
los puntos sobre las ies.

BENIGNO. Los pongo: y vas á entender
lo que he querido decir.
Se trata del porvenir! (Bajando la voz.)
De tu porvenir, mujer!
Cuando una gentil doncella,
que de los... diez y ocho pasa,
(Esperanza se rie.)
el pimpollo de la casa
por simpática y por bella,
cambia, sin prévio convenio,
causa ó razon suficiente,
pero cambia totalmente,
de carácter y de genio;
y enflaquece ¡qué dolor!
y era alegre... y es ya triste,
y sin embargo se viste
con mucho esmero y primor,

mucho más que en lo pasado,
como si fuese de esencia...
¡síntoma de la dolencia!
el amor... (Movimiento de Esperanza.)
por el tocado.
Cuando lánguida se mece
caminando muy despacio,
ó busca por el espacio
un sér que nunca aparece;
y por la más nímia cosa
mezcla el llanto y la sonrisa,
absorta siempre, indecisa...
y sobre todo nerviosa.
(Esperanza dá ocasion con sus movimientos á las indicaciones de Benigno.)
Cuando es tanta su tristura,
que en escuchando un relato
en que aparezca un conato
ó un adarme de ternura,
ya en puras gotas se apiña
limpio raudal á sus ojos,
y en silencio y sin enojos
se pone á llorar la niña.
Cuando el rostro de la bella,
ántes fresco y sonrosado,
por travieso ó por taimado,
ángel misterioso sella
con divina palidez,
y á la menor emocion
se desborda el corazon
en carmin sobre la tez.
Cuando sufre una beldad
todo lo que ya he descrito,
y algo más... que sólo omito
en gracia á la brevedad,
la opinion autorizada
de doctores de gran peso
dice, que ha perdido el seso:
que está en suma, enamorada!
(Pequeña pausa: á Esperanza no le parece bien la broma.)
Así tu melancolía

pintan la ciencia y el arte.
Y ahora en capítulo aparte
la causa de mi alegría.

ESP. Muy bien. (Con mal humor.)

BENIGNO. (Ap.) (No sabe fingir.)

ESP. (Ap.) (No se le puede aguantar.)

BENIGNO. (Observándola de cerca.)
Ahora rompes á llorar...
Ah, no: que vas á reir. (Al ver que sonrie.)
Tampoco? (Se pone séria.)

ESP. (Con burla.) Si no me atrevo.
Pero en fin, ya mi tristeza
explicamos. Ahora empieza
aquel capítulo nuevo:
la causa de su alegría.

BENIGNO. No la adivinaste?

ESP. No.

BENIGNO. Quieres que la diga yo
con claridad?

ESP. Bien querría.

BENIGNO. (Ap.) (Qué inocencia!)

ESP. (Ap.) (Qué fastidio!)

BENIGNO. Hija, que voy á curarte.

ESP. Curarme?

BENIGNO. Por obra y arte
del *Ars amandi* de Ovidio.

ESP. No he tratado á ese señor,
conque diga en castellano
el remedio.

BENIGNO. El mas cristiano,
y el más breve, y el mejor,
dado el caso á que me ajusto
y el empeño á que me obligo.
(Ap.) (Tú no eres franca conmigo
y voy á darte un buen susto.)

ESP. (Sin poder dominar su impaciencia.)
Vamos á ver ¿cuántas horas
tiene esta segunda parte?

BENIGNO. Las justas para casarte
con el hombre á quien adoras.

ESP. (Cambiando de tono; con dulzura y ánsia, que no puede dominar.)

Qué dice usted?

BENIGNO. La verdad.

ESP. Don Benigno! (Juntando las manos y con mimo.)

BENIGNO. (Burlándose.) Qué lamento!

ESP. No se goce en mi tormento!
Hable usted con seriedad!

BENIGNO. Adiviné tu pasion?
Responde.

ESP. Con su permiso:
la verdad, no era preciso
una gran penetracion.

BENIGNO. (Con misterio y malicia.)
Hoy viene á pedir tu mano.

ESP. *Viene* á pedir!... (Con asombro y terror.)

BENIGNO. Claro está.

ESP. Qué ha de estar claro? Estará
más negro que un africano
si es muy negro. No adivino
lo que usted quiere decir.

BENIGNO. Eso: que viene á pedir
tu mano...

ESP. Quién?

BENIGNO. Don Paulino.

ESP. Y usted consiente?

BENIGNO. Pues no!
No consiento; ordeno y mando.
Vamos á ver, ¿desde cuando
no mando en mi casa yo? (Fingiendo enojo.)

ESP. (Llorosa y suplicante.)
Don Benigno!... padre mio!

BENIGNO. Parece que ya te achicas?
Así se trata á las chicas:
con entereza y con brío.
(Esperanza oculta el rostro entre las manos y llora.)
Y en llegando ese señor
le diré... no puede ser,
(Esperanza deja de llorar y le mira con sorpresa y alegría.)
lo que viene á pretender,
aunque agradezco el honor
que nos hace... porque en fin

esa chiquilla mimada,
está loca enamorada
de mi amigo Valentin.

ESP. (Dá un grito y se arroja á sus brazos.)
Ah, padre!... qué bueno!... y cuánto
le queremos todos!

BENIGNO. Justo!
Haciendo su santo gusto
se gana plaza de santo.

ESP. Me da usted la vida!... Cierto!
No lo dude!... No hay mudanza!
Al perder toda esperanza,
Esperanza hubiera muerto!

BENIGNO. En esa muerte, hija mia,
que te finge la pasion,
hay siempre resurreccion
ántes de tercero dia.
Pero ahora se me presenta
otra duda: si faltase
el galan: si no te amase...

ESP. Eso corre de mi cuenta.

BENIGNO. Pero estás segura?

ESP. Sí.

BENIGNO. Él te ha dicho acaso?.,.

ESP. No.
Él es tímido y calló:
yo no soy torpe y lo ví.

BENIGNO. Tú lo has visto?

ESP. No le asombre!
en la arena limpia y fina
de la ensenada vecina
escrito un nombre: mi nombre.
Al ver llegar la creciente
él se marchó distraido.
Yo despues, como al descuido,
busqué el letrero imprudente.
En vano, niña, te cansas
pensaría si me vió.

BENIGNO. La marea no borró?...

ESP. Eran las olas muy mansas.

BENIGNO. Y pudíste deletrear?...

ESP. Casi todo.

BENIGNO. Y qué decía?
ESP. «Esperanza, vida mia! »
BENIGNO. Entónces no hay más que hablar.
(Esperanza lo coge las manos con efusíon.)

ESCENA II.

ESPERANZA, BENIGNO: por el rompimiento del jardin, NIEVES de la mano de PEDRO.

Esperanza y Benigno, sin verles al principio, siguen hablando afectuosamente. Pedro les observa desde que entra.

NIEVES. Conque tú sabrás subir
al árbol?
PEDRO. Pues de manera
que si tengo una escalera...
si tú la quieres pedir...
NIEVES. Dije que no! dále bola!
buena se armaba y temprano!
si la tuviese á la mano
me subiría yo sola.
Mira, ves lo que decía?
(Señalando al grupo de Esperanza y Benigno.)
es la mejor de la casa!
aunque no sé que la pasa
que ha perdido su alegría.
Es mi consuelo, mi bien!...
No me escuchas? (Á Pedro tirándole de la mano.)
PEDRO. Sí te escucho.
NIEVES. Todos la queremos mucho:
y don Benigno tambien.
(D. Benigno se acerca á Pedro: la niña corre á abrazar á Esperanza.)
BENIGNO. Hola, Pedro!
PEDRO. (Saludando con respeto.) Don Benigno...
(Los dos hablan en voz baja.)
ESP. Dónde estabas? (Algo distraida.)
NIEVES. Pues con ese.
Ya no quieres que te bese?..,
BENIGNO. (Poniéndole la mano en el hombro.)
Es usted digno y muy digno

de mi afecto.

PEDRO. Tanto honor!...

BENIGNO. Son alabanzas sinceras
por lo mucho y muy de veras
que quiere usté á su señor.

PEDRO. Usted me colma sin tasa...

NIEVES. (Llorosa á Esperanza.)
Tus brazos me son esquivos...

PEDRO. (Ap.) (Válgame Dios qué expansivos
son todos en esta casa.)

BENIGNO. Pedro, no se vaya usted:
quiero hablarle.

PEDRO. Á su mandato.

BENIGNO. Usted es listo!

PEDRO. Algun rato.

BENIGNO. Pero largo.

PEDRO. Gran merced...
(Benigno se separa de Pedro y se acerca al grupo de Esperanza y Nieves: la niña está como triste y llorosa rechazando con mimo á Esperanza.)

BENIGNO. Qué tiene? Le has regañado?

ESP. No señor.

BENIGNO. Pues está triste.

NIEVES. Ya lo creo.

BENIGNO. En qué consiste?

ESP. No se empeña en que ha menguado
mi cariño!

NIEVES. Qué dolor!

BENIGNO. (Á Nieves consolándola.)
Eso no: no puede ser:
cuanto es más débil un ser,
nos inspira más amor.

ESP. Luz del alma es el cariño:
podrá extinguirse quizás
el que inspiran los demás,
nunca el que se tiene á un niño.

NIEVES. Dices luz? pues apagada
no alumbra y dá mucha pena.
Mira la luna qué llena,
y despues se queda en nada.

ESP. No digas eso! (Algo conmovida.)

NIEVES. (Con terquedad.) Lo digo

porque es cierto, y porque es justo.

ESP. Pues vas á darme un disgusto,
y harás que llore contigo.

NIEVES. Eso no!
(Abrazándola. Esperanza la abraza y la besa.)

BENIGNO. (Acariciándole la cabeza.) Ya se arrepiente
tu malicia?

NIEVES. Mi malicia!

PEDRO. (Ap.) (De qué modo la acaricia
tan maternal, tan vehemente!
Don Benigno y Esperanza,
(Mirando con cierta malicia al grupo tierno y expansivo que forman los tres.)
y esa niña angelical...
pues, amor universal!
Cuando á mí tambien me alcanza!
Frases corteses, regalos,
los bolsillos siempre llenos...
son ya demasiado buenos
para no ser algo malos.)

ESP. Tú que te quejas de mí,
tú, sí, mi querida Nieves,
que estás triste. Acaso debes
callarme tus penas? Dí.

NIEVES. Pues si te vine á buscar
por eso mismo, mimosa.
Es una historia famosa,
y te la voy á contar.

ESCENA III.

ESPERANZA, BENIGNO, NIEVES, PEDRO, DON GENARO, por la derecha, entra distraido y se pasea.

ESP. (Al oido.) Puede escucharla el abuelo?
porque mírale.

NIEVES. Sí tal:
más que nadie: es muy formal:
y sabe mucho!

BENIGNO. Un modelo
de preceptores! Ninguno

merece lo que él merece!

NIEVES. (Ap.) (Á ratos me lo parece.
y este pudiera ser uno.)

ESP. Don Genaro...

GENARO. Qué?

(Acercándose al grupo de Esperanza, Benigno y Nieves. Pedro al otro lado.)

ESP. Atencion.
Va á contarnos una historia.

(Señalando á Nieves.)

GENARO. De memoria?

NIEVES. De memoria!
no señor, de corazon.

BENIGNO. Esas se llevan la palma.

(D. Genaro mira de reojo á Pedro.)

PEDRO. (Ap.) (Qué frente tan ceji-junta!)

NIEVES. (Pausa.) Ante todo una pregunta.
Los pájaros tienen alma?

PEDRO. De fijo. (Con resolucion.)

BENIGNO. (Con melancolía.) Quién sabe?

GENARO. (Con enfado.) No!

(Nieves se queda mirándoles.)

PEDRO. (Ap.) (Ya gruñe.)

GENARO. (Ap. por Benigno.) (Ya prevarica.)

ESP. (Ap. riendo.) (Quedó enterada la chica!
y gracias que no hablé yo.)

NIEVES. (En voz alta, mirando á unos y otros.)
Á cuál creo de los tres?

PEDRO. Al más sabio y al más diestro.

(Señalando á D. Genaro.)

BENIGNO. Si hay duda, siempre al maestro.

ESP. (Al oido.) (Ya te lo diré despues.)

GENARO. (Ap.) (Por qué hará tambien su baza
con nosotros el sirviente?
Son cosas de este inocente.

(Señalando á Benigno.)

Qué lástima de mordaza.)

NIEVES. (Con tristeza.) Bueno: pues los pajaritos
no tienen alma.

GENARO. Está claro.

NIEVES. Qué lástima, don Genaro:
son tan buenos! tan bonitos!

GENARO. (Con tono de pedagogo.)
Las almas, niña, modelan
sus cuerpos: tú ya lo sabes.
NIEVES. Pues las almas de las aves
serían de las que vuelan.
GENARO. Otra vez?
NIEVES. No haya cuestion:
no la tienen.
GENARO. Es corriente.
NIEVES. Pero en cambio es evidente
que tienen...
GENARO. Qué?
NIEVES. Corazon.
Porque sorprendiendo un nido
una mañana temprano,
cogí con mi propia mano
un pajarillo aterido.
Abarcarlo no podia:
escaparse procuraba:
y como yo le apretaba,
suaves y tíbios sentía
entre mis dedos salir
copos del blando plumon,
el pequeño corazon
contra mi mano latir.
Por eso aunque me condenen
por decirlo, lo diré:
lo que es alma, yo no sé,
pero corazon, si tienen.
GENARO. Á eso, bien, ya me resigno
sin escrúpulos añejos.
Corazon! sin ir más lejos,
tan grande es el de Benigno,
entre otros chicos y flacos,
que con merma muy ligera,
para regalar tuviera
á todos los pajarracos.
Y qué? (Á Nieves.)
NIEVES. Que empieza mi cuento.
ESP. Es de pájaros?
NIEVES. Muy monos.
ESP. Y cantan?

NIEVES. Con unos tonos!...
GENARO. Pues que trinen.
NIEVES. Al momento.
Y pregunto muy formal,
cómo hay pájaro bribon,
que teniendo corazon,
se porta á veces tan mal.
Ayer, la tarde caía,
y el cielo se encapotaba
y la ventisca soplaba...
¡Qué galerna, madre mia!
(Deteniéndose y variando de tono.)
Qué es galerna? (Pequeña pausa.)
GENARO. Contestad.
BENIGNO. Viento tempestuoso y fuerte...
que á veces siembra la muerte...
NIEVES. Tempestuoso... ¿y tempestad?
(Acercándose á D. Genaro.)
GENARO. De Dios las iras eternas
contra ciertas niñas!
NIEVES. Chito! (Algo asustada.)
Entónces el abuelito
(Corriendo hácia Esperanza y á ella en voz baja.)
hoy tuvo cuatro galernas.
BENIGNO. Pero esa historia?
NIEVES. Ya voy.
ESP. Tan despacio!
NIEVES. Al parecer.
No necesito correr
para decir, aquí estoy. (Pequeña pausa.)
Por detrás de los cristales
de mi habitacion, miraba
la galerna, que tronchaba
en la huerta los frutales.
Y qué pronto lo ejecuta!
y qué disgusto los amos!
y qué lástima de ramos
cargados todos de fruta!
Pues bien, en momentos breves
de triste calma engañosa,
ví en el suelo una preciosa
pajarita de las nieves.

ESP. Tu propio nombre.

NIEVES. Pues vaya!
lo pensé.

GENARO. Vas á seguir?

NIEVES. Será pecado decir
lo que le dije... «¡Tocaya!»
(Como saludando desde el balcon.)

GENARO. Pecado no: tontería.

NIEVES. Pues si yo pájara fuese
posible es que la tuviese
por madre. Y me alegraría.
(Hay que comprender que esta historia es precisamente la de Olvido y Valentin, cuya hija es Nieves.)
Con el pecho que no alienta,
revueltas todas las plumas,
como si fuesen espumas
del aire y de la tormenta,
por la ventisca azotada,
de una rama desprendida,
se arrastraba dolorida
sobre la tierra mojada!
Y yo pensé, no hay concordia
ni gusto en cosa ninguna,
ó aquí ya tenemos una
obra de misericordia.
Y me iba á escapar! que sí!
abajo de una carrera!
y en llegando abajo... fuera!
Cuando, escuchad lo que ví.
(Pequeña pausa: todos se acercan más.)
Un árbol, que siempre olvido
como se llama: muy fuerte:
muchas ramas de igual suerte
y entre los ramas un nido.
El fondo, pelusa tierna:
techumbre, la verde malla:
y el ramaje, la muralla
que se opone á la galerna.
Y en el hueco protector
que el nido forma... solito,
un pájaro muy bonito,
sentado como un señor.

No era suyo el nido aquel:
era un nido abandonado,
de seguro: vió el nublado,
y nada, se metió en él.
Esto puede hacerse? (Acercándose á D. Genaro.)

GENARO. Sí.

PEDRO. Mañana voy por el monte;
(Nieves se acerca á Pedro.)
se oscurece el horizonte;
la tempestad sobre mí
se viene; roja centella
todo lo abate y destroza:
me encuentro al paso una choza
sin nadie... y me meto en ella.
Lo hemos hecho veces mil.
Y mi señor! Desde chico...
en España... y en Tampico...
y en Cuba... y en el Brasíl.

NIEVES. Bien está: de lo que infiero
(Volviendo á colocarse junto á Esperanza.)
que el chiquitin no ha pecado,
y que hasta aquí se ha portado
lo mismo que un caballero.

GENARO. Y qué más?

NIEVES. Que se cansó
de estar solo, por lo visto.
y muy gallardo y muy listo
por el borde se asomó
con sus alitas muy monas!
(Aleteando con los brazos, é imitándo al pájaro.)
Como yo tras los cristales:
si á veces los animales
son lo mismo que personas.
(Mirando de reojo á D. Genaro ó acercándose á él. En este caso vuelve luego á colocarse entre Benigno y Esperanza.)
Y al ver tendida en la arena
á la que ántes os decía,
digo yo, que sentiría
ganas de llorar... y pena,
como yo... porque ello fué,
que bajó al punto de un vuelo,

que se arrastró por el suelo,
que la dijo no se qué,
en su lenguaje, al oido,
y que entre trinos y escala s
y muy juntitas las alas
se fueron los dos al nido.
Despues... todo muy oscuro:
la noche, el árbol y el cielo...
pero yo tuve el consuelo
de verla en sitio seguro.
Y me acosté muy contenta
repitiendo para mí,
este cantar que aprendí
una noche de tormenta.
«Revuelva el mar sus espumas:
soplen los cierzos aleves:
pajarita de las nieves
tú tienes lecho de plumas.»

Esp. Pues hasta aquí en tu parlero
pajarillo no hay deslices.
Se porta, como tú dices:
lo mismo que un caballero! (Riendo.)

Pedro. Ahora vendrá la discordia.

Benigno. Vendrá, pero no adivino.

Genaro. Dar posada al peregrino:
obra de misericordia.

Nieves. Darle posada, está bien.
Mejor, darle compañía;
pero al despuntar el dia, (Cambiando de tono.)
sacudiendo con desden
sus alas, de un salto .. zás!
salirse... tomar el viento...
y subir al firmamento
para no volver jamás,
mientras se queja doliente
la otra pobre criatura,
¿esto lo hace por ventura
una persona decente?

Esp. Grave suceso! (Con burla.)

Benigno. (Lo mismo.) En rigor
es una infamia.

Genaro. Sí tal.

NIEVES. Casi un pecado mortal.
PEDRO. Y no ha vuelto?
NIEVES. No señor.
Y la infeliz, ¡qué agonía!
siempre está en la misma rama
y á su manera le llama:
digo yo... porque ella pía.
PEDRO. Ahora caigo! fué por eso
tu empeño en que yo trepase
al árbol?
NIEVES. Sí. (Aproximándose á Pedro.)
PEDRO. Tanta frase
cariñosa, y tanto beso,
y tanta amabilidad,
era todo interesado?
NIEVES. Era el premio anticipado
de una obra de caridad.
ESP. Bien dicho.
NIEVES. (Á Pedro.) Vas á subir?
PEDRO. Qué remedio?
NIEVES. Qué placer!
Y si la llega á coger
tú la querrás recibir
(Acercándose á Benigno y con acento de súplica.)
en tu casa? Sí, por Dios!
porque aunque nada nos debes
ya recogiste una Nieves
¿qué te importa tener dos?
BENIGNO. Pobre niña! (Conmovido.)
ESP. Tienes pena?
(Tambien conmovida, besándola.)
PEDRO. (Ap. riendo.)
Vaya, que el diablillo es ducho!
GENARO. Yo tambien te quiero mucho!
(Sin poder contenerse abraza á la niña y la besa: despues se contiene y recobra su aspecto severo.)
Es decir... cuando eres buena.
NIEVES. (Á Benigno.)
Conque á ver!... consientes?... Dí.
Tú tienes buen corazon.
Y voy á dar mi leccion
mejor que nunca la di.

BENIGNO. Quién puede mostrarse adusto
contigo, que eres un cielo?
Si no vuelve el traidorzuelo
la recogemos.

NIEVES. (Saltando de alegría.) Qué gusto!

BENIGNO. (Acariciándola con cariño y tristeza.)
Revuelva el mar sus espumas:
soplen los cierzos aleves:
pajarita de las nieves,
tú tendrás lecho de plumas.
Dame un beso.

NIEVES. (Besándole.) Mil y mil.

BENIGNO. Llevadla.
(Le dá la niña á Esperanza y se sienta triste y pensativo.)

ESP. Y ahora es preciso,
que cumplas tu compromiso.

NIEVES. La leccion?

GENARO. Ven al redil,
que ya has triscado bastante.

NIEVES. Adios!... gracias! (Á Benigno.)

BENIGNO. Pobre niña!

NIEVES. Pero hoy, por Dios, no me riña!

GENARO. Ya veremos.

ESP. (Á Nieves.) Vé delante.
(D. Genaro y Nieves van lentamente hácia la izquierda. Esperanza se acerca á Benigno que está pensativo.)
Haber labrado la dicha
(Sonriendo y en voz baja: Pedro todo lo observa.)
de dos seres, no es razon
para estar triste.

BENIGNO. Ilusion.
(Esperanza se aleja hasta dar la mano á Nieves.)

NIEVES. Yo me temo una desdicha!
porque es tan débil! tan tierna!
Y el cielo... no hay más que ver.

GENARO. Verdad dices.

ESP. Como ayer:
se repite la galerna.
(Salen D. Genaro, Esperanza y Nieves por la izquierda.)

ESCENA IV.

BENIGNO, PEDRO.

Benigno pensativo: sentado. Pedro á la izquierda en pió y observando.

PEDRO. (Ap. riendo friamente.)
Cambio de decoracion,
cambio súbito de escena:
huerto ameno: triste erial:
hace mútis la *inocencia*,
quiero decir, que se marcha,
y la *malicia* se queda.
Así es el mundo. Y aquel...
Don Benigno es el problema. (Pequeña pausa.)
Mientras él allá medita,
fijemos bien las ideas.
Tutor, jóven y galan;
pupila, como una perla,
y una niña encantadora
llovida de las estrellas.
La niña les tiene amor
como si sus padres fueran,
y ellos aman á la niña
con sospechosa terneza.
En tanto, la pobre Olvido
el grupo amoroso observa
con relámpagos celosos,
si no miente mi esperiencia.
En esta casa hay misterio,
y un malicioso dijera...
alguna monstruosidad:
basta, Pedro: tente, lengua.
Á veces en caperuza
les dan á los que gracejan,
como Urganda la famosa
dijo á Cervantes Saavedra.
Despues de todo, el asunto
corre de riesgo y de cuenta
del novio: pues don Paulino

descubra, si le interesa,
qué clase de lazo existe,
que tan fuerte les aprieta,
entre Esperanza, Benigno
y la huérfana... si es huérfana;
y si no quiere, reciba
dote, novia y niña á ciegas,
y dúrenle muchos años
el provecho y la paciencia.
Nosotros, agradecidos
al cariño que nos muestras:
y yo, prudente y callando:
si don Valentin sospecha
mi pensamiento!... con él,
más que con nadie, reserva
y silencio, no turbemos
la calma de su inocencia.
Don Benigno...

BENIGNO. (Saliendo de sus meditaciones.) Quién?

PEDRO. Yo soy.

BENIGNO. Estaba usted?...

PEDRO. No se acuerda
que me díjo que esperase
para hablar?...

BENIGNO. Ah! qué cabeza!
Es cierto.
(Se levanta y pasea volviendo á sus maneras habituales.)
Pues nada en suma.

PEDRO. Algo será.

BENIGNO. Con franqueza:
á mi amigo Valentin
le agrada la plaza aquella
que le propuse?

PEDRO. Pues no!

BENIGNO. Sé lo mucho que usté anhela
su dicha.

PEDRO. Más que la mia:
y por conseguirla diera...
nada, porque nada tengo;
mas con toda mi pobreza
aun conservo un corazon

y alguna sangre en las venas.

BENIGNO. Y él le atiende.

PEDRO. Si me atiende!
Dice que no: y sermonea:
y me llama pesimista,
charlatan, y otras lindezas.
«No, Pedro, no pienses mal:
mal merece quien mal piensa:
el mal que pensamos ver,
es nuestra propia conciencia,
que por misterioso influjo
en los demás se refleja.»
(Nótese que este es el pensamiento de la obra.)
Y al fin me da la razon.
«Que este diablo siempre acierta
cuando piensa mal!» exclama.
«Toda infamia la olfatea!
»Sabueso de desengaños,
me dice, ven aquí cerca.»
Y él se arroja en cualquier parte,
como si ya no pudiera
con la carga de su vida
y el peso de sus miserias;
y yo, sin decir palabra,
en pié me quedo y alerta:
sufriendo mucho, si sufre:
soñando tal vez, si sueña.

BENIGNO. Feliz, no obstante, pues tuvo
tal camarada.

PEDRO. No llega
mi ambicion á tanto. Soy...
quiere usted que con franqueza,
lo que soy le diga?

BENIGNO. Sí:
hable sin empacho.

PEDRO. Sea. (Pequeña pausa.)
En esta vida mundana,
todo hombre, segun mis cuentas.
se compone de dos partes:
una *noble*!... que se eleva!...
que busca lo grande!... en fin
que volara si pudiera!

Yo no sé explicarme bien:
basta con que usted me entienda.
Y no le extrañe, señor,
que yo tenga estas ideas.
Yo estudié en mi juventud
y guardo reminiscencias.

BENIGNO. Conozco la historia, Pedro:
Valentin de sobre-mesa
me la contó.

PEDRO. (Algo contrariado.) Bien está.
(Ap.) (Es decir, que no hay manera
de que la cuente. Á los unos
porque no les interesa:
y á los otros porque ya
la saben: tendré paciencia.)

BENIGNO. Dejemos la parte noble
de ese ser, que tú disecas
con el profundo escalpelo
de tu ingenio y tu experiencia,
y vamos á la otra parte.

PEDRO. La prosáica: la terrena:
la del instinto animal:
la que avisa: la que vela.

BENIGNO. No está mal: eres filósofo.

PEDRO. Práctico... y á mi manera.

BENIGNO. Hagamos aplicacion
de esa teoría perfecta
á mi amigo Valentin.

PEDRO. Y sin que nadie se ofenda,
á mi tambien.

BENIGNO. Se supone.

PEDRO. Pues como si no existiera.

BENIGNO. Quién?

PEDRO. Yo.

BENIGNO. (Riendo y sin comprender.)
Pues no existe Pedro;
y ocupa sólo la escena...

PEDRO. Don Valentin.

BENIGNO. Es corriente.

PEDRO. Pero advirtiendo que lleva,
en sí mismo, las dos partes
que ántes expliqué: la excelsa

y la humilde: la del alma
y al par la de la materia.

BENIGNO. Convenido.

PEDRO. Convenido.

(Pepueña pausa; despues con seriedad cómica.)

Y ahora busquemos la veta.

BENIGNO. Qué veta? (Con asombro y risa.)

PEDRO. La de la union:
la de la juntura: aquella
superficie de contacto
entre el ángel y la bestia,
que existe en todos, aunque
nadie en ninguno la vea.

BENIGNO. Para qué?

PEDRO. (Con seriedad.) Para partir
á don Valentin por ella.

BENIGNO. (Riendo.) Pobre amigo, lo divides
por mitad!

PEDRO. De esa manera
resultamos dos distintos
donde ántes uno. La mezcla
se deshizo: mi señor
guarda toda su pureza
de soñador, de idealista,
de visionario y poeta;
mientras yo soy el que aviso
los peligros que le cercan:
el que grita, subes mucho,
el que dice, mucho sueñas:
el perro que vigilante
nunca duerme ó duerme á medias,
y siempre atento el oido
y defendiendo la puerta,
á los importunos ladra,
á los tunantes acecha,
y á los enemigos muerde
si la ocasion se presenta,
que se han presentado varias
en esta y en otras tierras.
Y así vine á ser con él,
sin darme yo mismo cuenta,
un perro por la humildad,

y un padre por la terneza.

BENIGNO. (Acercándose con expansion.)
Bravo, Pedro!

PEDRO. Don Benigno...
(Retrocediendo entre humilde y escamado de tanto cariño.)

BENIGNO. (Cogiéndole la mano.)
Qué diablo!... la mano!...

PEDRO. Llega
Don Valentin... no le diga...

BENIGNO. Por qué no?

PEDRO. Me dá vergüenza...
Son expansiones de un viejo...
Luégo se burla...

BENIGNO. No temas.
(Ap.) (¡Qué buen hombre! qué leal!)

PEDRO. (Ap.) (Quiso sonsacarme... Alerta!)

ESCENA V.

BENIGNO, PEDRO, VALENTIN por el rompimiento del fondo.

BENIGNO. (Á Valentin.)
De correr por esos campos?

VALENT. Hola, Benigno!... Una vuelta.

BENIGNO. Siempre solo y discurriendo...

VALENT. No: soñando.

BENIGNO. Palabreja
que ya conozco. Mi Olvido
casi siempre está con ella.

VALENT. Tambien le gusta?

BENIGNO. Volar
y recorrer las esferas!

VALENT. Lo he notado. Y ahora mismo
al subir yo por la senda,
asomada á su ventana
la ví, la extension inmensa
del mar mirando sin duda.
La saludé: la cabeza
inclinó ligeramente,
y me siguió muy inquieta

con la vista, como quien
está si acierta ó no acierta.

BENIGNO. No te conoció: de fijo. (Riendo.)

VALENT. Eso pensé. (Distraido.)

BENIGNO. (Pausa.) Y en qué piensas
en este momento?

VALENT. (Lo mismo.) En que,
gracias á tí, se presenta
sin nubes el porvenir.

BENIGNO. (Con tono socarron.)
De modo que ya no hay penas?

VALENT. Ninguna.

BENIGNO. Pues mira, al ver
tu frente triste y severa...

VALENT. (Distraido como siempre.)
¿Qué dices, Benigno?

BENIGNO. Nada.
(Ap.) (Qué bravo chasco te espera!
(Imitándole.) «Esperanza!...» «Un imposible!»
Cuando le diga: «babieca,
ahí la tienes, que ya es tuya!»
Vamos, no hay sobre la tierra
placer que iguale al placer
de labrar la dicha ajena.)

PEDRO. (Ap.) (Le mira con mucha sorna.
Cautela, Pedro, cautela.)

BENIGNO. (Á Valentin.)
Qué estás buscando en los aires?

VALENT. En los aires? qué ocurrencia!

BENIGNO. Como eres artista!

VALENT. Ya.

BENIGNO. Si has visto por allá fuera
algun paisaje...

VALENT. No á fe.

BENIGNO. Y vamos, díme, esta tierra
qué te parece?

VALEN Presumes
que vengo por vez primera?
Si la conozco, pregunta:
oyes, Pedro?

ESCENA VI.

BENIGNO, VALENTIN, PEDRO, OLVIDO por la derecha: se detiene y escucha: no la ven y siguen su conversacion.

PEDRO. Ya es muy vieja
esa historia.
VALENT. Mis veinte años,
mis ilusiones risueñas!
ay, Benigno!
PEDRO. Cuántas veces
con su caja y su paleta,
tomando puntos de vista
se metió por esas sierras!
Cuántas otras, con los perros,
el morral y la escopeta,
se fué por algunas horas
y tardó semana y media!
VALENT. (Dándole una palmada en el hombro.)
Qué tiempos aquellos, Pedro!
qué excursiones tan soberbias!
¡Dias de lluvia ó de sol:
noches azules ó negras:
montes y rios y bosques:
aire puro que oxigena
los pulmones: mucha vida:
la madre naturaleza,
despertando los sentidos
con sus caricias de fiera!
La juventud! la alegría!
ya pasaron!
OLVIDO. (En voz alta y riendo.) Quizá vuelvan.
VALENT. Perdone usted... (Volviéndose.)
BENIGNO. Escuchaste
los sueños de este poeta?
(Los personajes se mueven hasta ocupar las posiciones más naturales. Esto queda encomendado á los actores. Así como toda la escena, que es de suma delicadeza: tono ligero y bromista unido á una oculta intencion, en cuanto Olvido dice: porque es evidente que

Olvido, por la semejanza con Nieves y por la voz le ha reconocido. Él en cambio no la reconoce: han pasado diez años: estuvo con ella á oscuras, en una choza, durante una noche de tempestad. Exactamente la historia que contó Nieves.)

OLVIDO. Pues realidades parecen,
á juzgar por la vehemencia
con que las pinta. (Sonriendo.)

VALENT. Lo fueron.

OLVIDO. Y muy alegres?

VALENT. Sin mezcla
de amargura ni dolor.

OLVIDO. Á fé que esas son las buenas.

BENIGNO. Regocijos naturales!

OLVIDO. De aquellos que nunca dejan
remordimientos, ni lágrimas,
ni deshonras, ni tristezas!

VALENT. En copiar un bosquecillo. (Sonriendo tambien.)
ó en disparar á una cierva
puede haber eso?

OLVIDO. No tal.
Y en apoyo y como prueba,
dije... lo que dije.

VALENT. Siempre
con discrecion.

OLVIDO. Gracias.

BENIGNO. Esa
es la vida sana y pura.
(Movimiento y ligereza en este diálogo.)

OLVIDO. Si todos lo mismo hicieran,
ni en la gloria! No es verdad?
Las ciudades opulentas
donde las pasiones rugen,
donde el vicio se condensa,
donde apetitos se aguzan!...
allí sí; pero en las selvas!...

VALENT. De dia cuantos fulgores
de los montes en las crestas!

BENIGNO. Y en la corriente del rio.

VALENT. Y en lo alto de la arboleda!

OLVIDO. Y en cambio en ese paisaje,
de noche, que sombra espesa

en el valle y en el bosque
y en las chozas y en las cuevas!

VALENT. El ser humano se anula
ante un gigante de piedra!

OLVIDO. Y un corazon que palpita
qué viene á ser? hoja inquieta
arrastrada por el viento
y perdida en la tiniebla!

BENIGNO. Cuántas hojas por el suelo (*Con tristeza.*)
van en noches de tormenta!

OLVIDO. Sin que el cazador la mire.

BENIGNO. Sin que el cazador las vea.

OLVIDO. Aunque al pasar las aplaste
con su bota ruda y férrea.

VALENT. Es la lucha de los séres.

BENIGNO. ¡Ley terrible!

VALENT. ¡Ley eterna!

OLVIDO. Es verdad: y así lo exije
la madre naturaleza!...
como usted díjo con tanta
verdad y en forma tan bella!...
pues no!...

VALENT. Mil gracias, señora:
no merezco...

BENIGNO. Friolera
si mereces.

VALENT. Me confunden!

BENIGNO. Tú eras ya un anacoreta
á la edad en que otros son...
cuando menos calaveras!

OLVIDO. Placeres sanos y nobles!

BENIGNO. Precisamente mi tema.
Vas á hacer algo? la cosa
más fútil en la apariencia?
pues pregúntate á tí mismo:
¿hoy, mañana, cuando sea,
para el ser más miserable
mas humilde de la tierra,
esto puede ser la causa
de algun daño? Acaso deja
una lágrima, un sollozo,
un dolor, una vergüenza?...

OLVIDO. Pues ahí tienes mi consejo:
para gozar, á la sierra!
Nada allí será mancilla,
cualquier hazaña allí es buena:
como ha dicho en un gran drama
hace tiempo un gran poeta.
(Con ironía muy fina y sonriendo.)
BENIGNO. Á que de esas escursiones
no te quedó en la conciencia
ni una punzada?
VALENT. (Riendo.) Ninguna.
NIEVES. Pues, señor, ya estoy de vuelta.
(Entrando por la misma puerta por donde salió.)

ESCENA VII.

OLVIDO, BENIGNO, VALENTIN, PEDRO, NIEVES.

NIEVES. Mís lecciones dieron fin
y me he portado muy bien.
OLVIDO. Verdad que es preciosa? (Á Valentin, ap.)
VALENT. ¿Quién
lo duda? Es un serafin!
NIEVES. (Á Pedro.) Ahora, lo que ántes hablamos.
El cielo se pone oscuro.
Dentro de una hora... seguro,
la galerna. Si no vamos...
Tú, qué dices?
PEDRO. (Mirando al jardin.) Que es muy cierto.
NIEVES. Cierto!... Pero no te mueves...
(Llevándoselo de la mano: tirando de él materialmente: Pedro vá con lentitud.)
VALENT. Á dónde te lleva Nieves? (Á Pedro.)
PEDRO. Á desfacer un entuerto.
NIEVES. Ven más aprisa!... Qué calma!
VALENT. Y quién es el malhechor?
NIEVES. Un pájaro muy traidor,
sin corazon y sin alma.
PEDRO. Sabes el árbol?
NIEVES Friolera!
Más vivo!... Mira que nubes!
No lleves miedo: tú subes,

que yo tendré la escalera.
(Salen Pedro y la niña por el rompimiento del jardin.)

ESCENA VIII.

OLVIDO, VALENTIN, BENIGNO.

Olvido se sienta: cerca de ella Valentin: en pié Benigno: todos los movimientos de esta escena quedan encomendados á los actores.

VALENT. Una niña angelical! (Siguiéndola con la vista.)
OLVIDO. Y con mucho corazon!
Benigno su proteccion
le prestó, y es natural,
el ejemplo siempre obliga:
en proteger se ha empeñado
á un pájaro abandonado.
VALENT. Muy mona.
OLVIDO. Díos la bendiga.
BENIGNO. Siempre el llanto y el dolor
y templando su crueldad
la ley de la caridad
y el instinto del amor.
Acaso se estreche y ciña,
ó tal vez cambie de nombre...
poco importa: amor de un hombre,
ó caricias de una niña,
simpatía, ó compasion...
luz que viene desde lejos,
y se rompe en mil reflejos
al llegar al corazon.
VALENT. (Á Olvido.) Bien dicho. Siempre su esposo
fué lo mismo...
OLVIDO. Ya lo sé.
VALENT. Un alma!...
OLVIDO. Llena de fé
y un corazon generoso.
BENIGNO. Si sigues de esa manera
te dejo con Valentin
y me voy...
OLAIDO. Dónde?

BENIGNO. Al jardin,
á sostener la escalera.

VALENT. (Riendo.) Haya paz: cese la riña:
aquiétese el matrimonio.
(Ap.) (No le gusta, qué demonio,
que hablen mucho de la niña.)

OLVIDO. (Á Benigno con fingida indiferencia.)
Sabe la historia de Nieves?
Se la has contado?

BENIGNO. (Con disgusto.) Yo no.
Nunca me la preguntó.

VALENT. Usted comprende... (Excusándose con Olvido.)

OLVIDO. Pues debes
referírsela.

BENIGNO. Á qué fin?

OLVIDO. Un amigo tan leal!
No ves tú que es natural
que la sepa Valentin?
Y á tí que te gusta tanto
(Levantándose y acercándose á Benigno con cariño y dulzura.)
referir un lindo cuento?

VALENT. (Ap. Observándoles.)
(Hay ironía en su acento
y en sus ojos casi hay llanto.)

BENIGNO. Te digo, que si me acosas
me voy á ver cómo trepan.

OLVIDO. (Á Valentin.) Nunca quiere que se sepan
sus acciones generosas.

VALENT. (Riendo.) La modestia: otra virtud!

BENIGNO. (Á Olvido en voz baja.)
Yo sé que te mortifica!

OLVIDO. No Benigno; centuplica
(Lo mismo á Benigno, con pasion, cogiéndole la mano. Valentin les observa con cierta extrañeza.)
mi amor y mi gratitud.
Ni una vez de mi memoria
se aparta.
(En voz alta.) Yo te lo ruego!
Cuéntala.

BENIGNO. (Defendiéndose debilmente, pero con disgusto.)
Más tarde. Luégo.

OLVIDO. (Á Valentin.) Va á referirnos la historia.
BENIGNO. Abusas ya de tu imperio.
OLVIDO Hoy no más: la vez postrera.
VALENT. Pues ya... saberla quisiera...
es decir, si no hay misterio.
BENIGNO. Eso no. (Precipitadamente.)
(Con resolucion.) La vas á oir.
Mas tu desengaño labras.
Brevemente, en dos palabras
te lo voy á referir.
(Pequeña pausa. Benigno en pié: relatando á disgusto, no como en el primer acto; pero dejándose dominar por la emocion y el recuerdo.)
Tú sabes lo que es el mar
agitado y borrascoso?
lo has visto turbio y verdoso
en espuma reventar?...
y una playa?... y mucha arena?...
y la marea que crece?
pues con eso me parece
que tenemos ya la escena.
OLVIDO. Algo falta. (Con rapidez.)
BENIGNO. Sí: perdon: (Lo mismo.)
como negruzca atalaya
en el centro de la playa
un solitario peñon. (Pequeña pausa.)
Con el traje hecho pedazos,
flaca, pálida, llorosa,
á una mujer muy hermosa
con una niña en los brazos,
que en destrenzar se divierte
á su pobre madre, al mar
la viste ciega marchar,
como el que marcha á la muerte?
Algo así llegaste á ver?
Pues ya tienes el paraje,
el drama y el personaje:
Dios, el mar y una mujer. (Pausa.)
Y qué resta? casi nada:
del mar la inmensa extension:
la mujer en el peñon
ó rendida ó desmayada:

en su seno de un querube
la mano que juguetea;
el golpear de la marea
y su creciente que sube.
Y se acabó, ya lo ves:
una ola inmensa que choca:
y en el sitio de la roca
espuma... y nada despues.

OLVIDO. Y algo más... (Á Valentin.)
(Señalando á Benigno.) aunque me riña:
entre las olas un hombre...
no voy á decir su nombre:
(Con dulzura, y previniendo un movimiento de Benigno.)
y una mujer y una niña.
Mucho viento y mucha mar:
mucho avanzar y volver:
un brazo para coger
y el otro para nadar.
Él, aferrado á la saya:
ella, aferrada á su mano:
un esfuerzo sobre humano
y cayeron en la playa.
Las dos y su salvador...
él rendido de fatiga,
de gratitud la mendiga,
y la niña de pavor.

VALENT. (Dando un abrazo á Benigno: Olvido le mira como la actriz crea que debe mirarle.)
Bravo, Benigno! Salvar
dos seres?

BENIGNO. Dos séres! quién?

VALENT. Tú mismo.

BENIGNO. Lances se ven
de más mérito en el mar.
Son costumbres del oficio.

VALENT. Pero siempre son hermosas!

BENIGNO. No hay que exagerar las cosas
ni hay que sacarlas de quicio.
Á la madre me cogí:
la niña no es cuenta mia:
la mujer en su agonía

la apretaba contra sí.
Yo... tiraba de las dos:
las olas nos empujaron:
y lo que ellas no lograron...
allá, la gracia de Dios.
(Pequeña pausa: Benigno casi de mal humor..)
Ya está la historia.

VALENT. Y muy triste.

BENIGNO. Sin duda, pues te conmueves.

VALENT. Y será la niña?...

OLVIDO. Nieves.

VALENT. Y la madre?...

BENIGNO. (Interrumpiendo á Olvido.) Ya no existe.

ESCENA IX.

OLVIDO, BENIGNO, VALENTIN, NIEVES, PEDRO. Olvido ha caido en el sofá: Valentin y Benigno en pié: por el rompimiento del jardin, Nieves y Pedro: éste trae un nido: caminan por el fondo muy despacio. Por la derecha apresuradamente Esperanza.

ESP. Don Paulino... despachad!
Id pronto!

BENIGNO. Ya llegó!

ESP. Cierto.
Y viene, segun advierto,
con toda solemnidad.

VALENT. Otra ilusion que se trunca. (Ap.)

BENIGNO. Oigan todos! en confianza...
viene á llevarse á Esperanza!

NIEVES. (Deja á Pedro, viene corriendo y se abraza llorando á Esperanza.)
Llevarse á Esperanza! nunca!
(El órden de los personajes es el siguiente de izquierda á derecha: Olvido, en el sofá: Benigno, en pié en el centro, despues Nieves, Esperanza y Valentin: en el fondo, observando, Pedro.)

ESP. No temas: sé la pasion,
pobre niña, que te infundo!
Tú eres la única en el mundo
(Mirando á Valentin.)

que me ama de corazon!

VALENT. No es verdad!

(Sin poder contenerse, acercándose mucho á Esperanza y hablándola en voz baja.)

Que no es verdad!

(Contestando á un movimiento de Esperanza.)

ESP. Qué dice usted?

(Fingiendo serpresa y aun enojo.)

VALENT. Sin aliños!

Que no todos somos niños
para hablar con libertad.

ESP. Gracias á Dios! (Ap., riendo.)

VALENT. No se asombre!

Habló el labio lo que quiso.

(Se separa tristemente.)

ESP. (Ap. à Benigno pasando la niña á la derecha.)

Una niña fué preciso
para hacer hablar á un hombre!

BENIGNO. (Á Esperanza en voz baja.)

Es decir que dió en la red?

ESP. (Lo mismo á Benigno. Acariciando á Nieves.)

Por esta. Cuanto la quiero!
Era mudo... y es parlero!
conque ahora le toca á usted.

BENIGNO. Claro! repartes las bazas
y te guardas las mejores:
la pupila los amores,
y el tutor las calabazas!
(Ap.) (Y el otro esperando allí,
y yo cómo se lo digo?)
Mira, Nieves, ven conmigo
para hacerme hablar á mí.

(Quedan: en el fondo, Pedro con el nido: á la izquierda Olvido en el sofá: á la derecha, en pié, Valentin: en el centro Benigno, Esperanza y Nieves, animados y riendo, mientras Pedro y Valentin les observan y observan á Olvido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los actos anteriores. En el jardin un *cierre* de *cristales*: más allá los árboles y el paisaje un tanto velados. Va cayendo la tarde y la galerna se aproxima.

ESCENA PRIMERA.

VALENTIN, PEDRO.

Valentin sentado y triste: Pedro en pié observándole.

PEDRO. Está usted triste, señor?
VALENT. Hay motivo?
PEDRO. No lo creo.
El porvenir se presenta
por vez primera sereno:
ni la más ligera nube.
VALENT. Entónces, amigo Pedro,
no hay razon para estar triste
y no lo estoy: por lo ménos
lo procuro.
PEDRO. Que me place
y reconozco mi yerro.
VALENT. En reconocerlos *todos*
harás bien.
PEDRO. Cuáles son esos?

VALENT. Pesimista por carácter
y desconfiado por viejo,
mal pensado por costumbre,
casi por temperamento,
auguraste desengaños.
PEDRO. Es verdad.
VALENT. Pues no los veo.
Benigno pudo hacer más? (Levantándose.)
PEDRO. No, señor: pudo hacer ménos.
VALENT. Pues ahí tienes.
PEDRO. Hasta el fin
lo que será no sabemos.
VALENT. De modo que tú supones?
PEDRO. Nada: ni malo, ni bueno.
VALENT. Bueno, sí.
PEDRO. Pues esa cara
mas que de boda es de duelo.
VALENT. Tú lo dijiste: de boda:
pero en esa boda, Pedro,
serán sus alegres lámparas
los blandones de mi entierro.
PEDRO. Lo que ya me sospeché:
¿loco de amor?
VALENT. Loco y ciego,
que allá conciertan la boda...
PEDRO. Y aquí yo presido el duelo.
VALENT. No hay esperanza!
PEDRO. Quién sabe?
VALENT. Quién sabe! No lo estás viendo?
PEDRO. Obstáculos...
VALENT. Que separan,
como escalones inmensos,
la ruindad de mi existencia
de la esfera de su cielo.
PEDRO. Ojalá que no se allanen
hasta el punto que yo temo.
VALENT. Allanarse! pero, cómo?
Es un ángel! La merezco?
PEDRO. Se consiguen muchas cosas
sin merecerlas. Y luego
que es punto muy delicado
el de los merecimientos.

VALENT. Pero ella no me ama!
PEDRO. Quién
lo sabe?
VALENT. Mí desconsuelo.
PEDRO. Puede ser torpe y acaso
aprenda más con el tiempo.
VALENT. Y ella es rica!
PEDRO. Los millones
valen más ó valen ménos,
segun los casos, y en éste...
VALENT. (Con enojo.) Habla claro: no te entiendo.
PEDRO. Un corazon que amor pide
será siempre pordiosero,
que en puerta ajena mendiga
el necesario sustento. (Eludiendo la pregunta.)
VALENT. Y Benigno?...
PEDRO. Don Benigno
le tiene á usted mucho afecto, (Con ironía.)
y por un amigo se hace
lo imposible.
VALENT. Pues concedo
cuanto quieras. Y esa boda
que están concertando dentro?
Qué me queda? Nada!
PEDRO. Todo
si el concierto es desconcierto,
si la boda se deshace.
VALENT. ¿Qué dices?
PEDRO. Lo que sospecho.
Que quizá dentro de poco,
la familia en coro angélico,
vendrá á ofrecerle la novia,
la dote... y tan grande afecto
tiene á Esperanza la niña,
que á modo de suplemento
quizá le ofrezcan á Nieves...
con lo cual queda completo
el cuadro... y ya nada falta...
y de fijo sobra Pedro.
VALENT. Lo que te sobra es malicia!
lo que te falta es respeto
á mi bienhechor! Y á mí

me falta y me sobra á un tiempo,
para escucharte paciencia,
para atajarte derecho.

PEDRO. Yo no quise...
VALENT. Basta ya.
PEDRO. Si me explicase...
VALENT. Silencio.
PEDRO. Hablaba...
VALENT. De más.
PEDRO. Quien sabe.
Fué inspiracion...
VALENT. Del infierno!
PEDRO. Una palabra...
VALENT. Con una,
si encierra un mal pensamiento,
se afrenta lo más sagrado,
se turba lo más sereno,
lo más divino se mancha
y se empaña todo un cielo.
PEDRO. En nuestro papel los dos
estábamos.
VALENT. Ya lo veo.
PEDRO. Usted en el suyo, soñando.
VALENT. Y tú en el tuyo, mordiendo.
PEDRO. De modo...
VALENT. Que ya lo dije:
ni una sílaba!
PEDRO. Obedezco.

(Valentin se arroja en el sofá: Pedro se vuelve de mal humor: pausa.)

VALENT. (Se levanta y se acerca á Pedro.)
Pero en suma, ¿qué has querido
decir?
PEDRO. Si ya no me atrevo.
VALENT. Habla!
PEDRO. Me mandó callar.
Y de un modo!...
VALENT. Pues te ruego
que hables. Quieres más?
PEDRO. Pues bien,
ensanche le doy al pecho
y voy á decirlo todo;

mas que me perdone ruego
si es repugnante y brutal
y torpe mi pensamiento.
Yo en esta casa tan digna, (Con ironía.)
tan pura y honrada, observo
á *un hombre*, que proteccion
debió dar cual caballero
á una jóven, que la suerte,
en horas de triste duelo,
confió á su hidalga nobleza
y puso bajo su techo;
y sigo observando, que *él*,
ó por infame ó por ciego,
abusando de su fuerza,
ó abusando de su imperio,
en deshonra convirtió
el amparo que debemos
al débil. Á una mujer
por siempre manchada veo,
y por prueba de su mancha
de una niña el rostro bello;
que del honor el armiño
tiene tan puros reflejos
que los empaña la sombra
de los ángeles del cielo.
Aun más, que la culpa engendra
la culpa y la pena luego:
para colmo de traiciones,
que pretende dar entiendo,
á un amigo de la infancia,
casi á un hermano, los restos
impuros de su vileza,
manceba y niña; y que artero
la loca pasion excita
del imprudente mancebo,
porque le quite el estorbo
de un amor pasado y muerto,
los testigos de su infamia,
la molestia de un recuerdo,
y las torturas constantes,
tal vez, del remordimiento.

VALENT. Y el hombre infame?...

PEDRO. Benigno.
Y Esperanza...
VALENT. Calla, Pedro!
PEDRO. Y Nieves...
VALENT. La niña. Y yo?...
PEDRO. El imprudente mancebo!
Y que así Dios me perdone
como es verdad lo que pienso.
VALENT. Entónces aquella historia
que él me contó?...
PEDRO. Será cuento.
Tan difícil es forjarlos?
Tómeme usted como ejemplo.
Y chiton, que Nieves llega.
VALENT. Has desatado un infierno
en mi ser, con tu malicia
ó con tu mal pensamiento.
(Se deja caer en el sofá.)
(Obsérvese, que todo lo que dice Pedro es exacto, sólo que el hombre infame no es Benigno, sino su amo; que la mujer deshonrada no es Esperanza, sino Olvido: y que lejos de dar Benigno su manceba por esposa al amigo, Valentin ha sido causa de que Benigno se case con una mujer mauchada pcr él.)

ESCENA II.

VALENTIN, PEDRO, NIEVES, viene del jardin triste y pensativa.

PEDRO. Y la pajarita?
NIEVES. (Señalando á la derecha.) Allí.
PEDRO. Está contenta?
NIEVES. Y muy bella.
PEDRO. Ya no piensas tanto en ella.
NIEVES. Es porque ahora pienso en mí.
PEDRO. Es justo y es natural...
NIEVES. Y á lo justo me acomodo.
PEDRO. Que se ocupe ántes de todo...
NIEVES. De sus penas cada cual.
PEDRO. Tienes penas?
NIEVES. Pues apenas!
PEDRO. Serán muy tristes!

NIEVES. Lo son.
PEDRO. Las penas de la leccion?
NIEVES. Esas tambien. Y otras penas.
VALENT. Miren, con tan pocos años!
NIEVES. Desde que ustedes vinieron
parece que me trajeron
un monton de desengaños.
Don Genaro... no hay que hablar!
(Enumerando por los dedos.)
cada dia más arisco.
Llegan... y toma! el mordisco!
que ha sido muy regular.
Y por remate de fiesta,
Olvido que ahora dispone...
siempre al remate se pone
lo más pino de la cuesta.
Conque ahí tienen.
PEDRO. Sin embargo,
defenderse es permitido.
Don Genaro: el can: y Olvido: (Enumerando.)
tres capítulos de cargo.
NIEVES. Y la disculpa?
PEDRO. Disculpa!
pues que no tienes razon.
VALENT. No supiste la leccion
y cargamos con la culpa.
NIEVES. Porque desde el punto y hora
que entraron en esta casa,
la pobre Nieves se pasa
madrugando con la aurora,
¡que vaya si es madrugar!
dando sobos y más sobos
á los mapas y á los globos
hasta la hora de almorzar.
VALENT. Y tengo la culpa yo
si los mapas se encresparon?
NIEVES. En cuanto ustedes llegaron
lo difícil empezó.
Y me aflijo y me confundo:
y salto de sierra en sierra:
y me da vueltas la tierra:
muchas más vueltas que el mundo.

Ántes eran nombres llanos
y fáciles... Tajo, Duero,
Guadalquivir, Turia; pero...
ahora ¡nada! ni cristianos!
Y machuca que machuca!
Y ¡ay de tí! como tropieces.
Y hasta el abuelito á veces
parece que se trabuca.
Cómo es posible que quepa
aquí dentro tal mareo? (Señalando su cabecita.)
Vamos, la verdad, yo creo
que no hay nadie que lo sepa.
Ni ustedes! á que no dan
con este *problema*!

PEDRO. Á ver.

NIEVES. (Con tonillo pedante.)
Dónde está y qué puede ser
lo que llaman el King-Chan?

VALENT. Eso es de China.

NIEVES. Corriente:
pero ¿qué es ello, pregunto?

PEDRO. Yo no sé.

NIEVES. (Amenazando como un pedagogo.)
Que pongo un punto!
Tampoco tú? (Á Valentin.)

VALENT. De repente...
Cómo quieres, hija mia?... (Sonriendo.)

NIEVES. (Saltando de gusto.)
Toma! y pasaron los Andes!
y han viajado! y son tan grandes!
y no saben Geografía!

VALENT. Cogidos.

NIEVES Hoy sin comer!

PEDRO. Porque está muy lejos.

NIEVES. Dí:
está más cerca de mí?
pues me lo hacen aprender.

PEDRO. Que no vale. Fué artimaña.

VALENT. De buena ley.

PEDRO. No lo ha sido.

NIEVES. (Á Pedro.) Quieres otra?

PEDRO. Convenido.

Pero de España.

(Nieves medita un poco y luégo se regocija.)

Nieves. De España. (Pausa.)
Vamos á ver... (Otra vez con tono de maestro.)
Dónde está?...
la *cabaña del milano*,
que otro llaman, *del indiano*,
del que nunca volverá?

(Valentin hace un movimiento de sorpresa.)

Pedro. Vaya una pregunta!

Nieves. Vaya!
que no la sabes: muy bien! (Burlándose.)

Valent. (Acercándose con interés.)
Y no la llaman tambien
la choza de la atalaya?

(Todo lo que sigue rápido.)

Nieves. Sí, porque está sobre el mar.

Valent. En una roca saliente.

Nieves. Batida por la rompiente.

Valent. Y á espaldas un castañar.

Nieves. Y al entrar, en los costados,
y entre colgajos de hiedra...

Valent. Dos pilarones de piedra:
y toscamente labrados,
el cuerpo entero de un ave
y una cabeza de un lobo.

Nieves. (Mira con admiracion á Valentin y luégo empuja suavemente á Pedro.)
No te dá vergüenza, bobo? (Á Pedro.)
mira cómo ese lo sabe. (Señalando á Valentin.)

Pedro. (Acercándose á Valentin que ha quedado pensativo.)
Buena memoria á fé mia!

Valent. Buena falta de memoria!

Pedro. Es una historia? (En voz baja.)

Valent. Una historia,
que ya olvidada tenía.

Pedro. No recuerdo...

Valent. Aunque caviles
nada sabrás: nada sabes.

Pedro. Acaso sucesos graves?

Valent. Desatinos juveniles.

Nieves. (Observándolos: ellos hablan en voz baja.)

(Ap.) (Este sabe: aquel se enreda.
Si lo dije: Pedro es tonto.)

VALENT. (Á Pedro, aparte, como terminando una relacion.)
Estas cosas pasan pronto,
y pasadas... nada queda.
Mas perdí en esa cabaña
el anillo de mi padre.

PEDRO. Comprendo que no le cuadre
el recuerdo.

NIEVES. Sigue España?

VALENT. No: basta.

NIEVES. Pues á otro punto.

PEDRO. El segundo. Si no yerro...

NIEVES. El del mordisco y el perro.

PEDRO. Justamente. Y yo pregunto:
tenemos algo que ver
nosotros, conque el pachon
por aturdido ó gloton
te mordiese?

NIEVES. Puede ser.
Yo no te declaro absuelto:
y en mi preceptor me fundo,
que dice que en este mundo
está todo muy revuelto.
Conque quién sabe?... ya ves.
Pero en fin, por esto paso.
Ya me enteraré del caso
y te lo diré despues.
Queda pendiente.
(Se distrae y se pone pensativa.)

PEDRO. Pendiente
el proceso y quedas muda.

NIEVES. Porque ahora tengo una duda
y aclararla es conveniente.
Nadie si ántes no resbala
viene á tierra estando sano,
y en la choza del indiano
yo hice una cosa muy mala.

VALENT. Pobre niña! qué inocencia! (Sonriendo.)

NIEVES. Qué inocencia! gran merced! (Picada.)
no tan grande como usted
pero tengo mi conciencia.

VALENT. Conque pecaste?
NIEVES. Pues claro:
todos pecan: toma: toma!
VALENT. El milano!
NIEVES. Y la paloma!
que lo diga don Genaro
y él me dará la razon.
Pecados y hasta delitos!
los pequeños, chiquititos:
los grandes, en proporcion.
VALENT. Y qué es ello?
NIEVES. Es un secreto.
VALENT. Terrible?
NIEVES. Fué como fué.
Luego se lo contaré.
VALENT. Lo prometes?
NIEVES. Lo prometo.
PEDRO. Llegamos al tercer punto.
NIEVES. El tercero? cuál ha sido?
PEDRO. No te acuerdas? el de Olvido.
NIEVES. Ese sí que es mal asunto. (Queda pensativa.)
PEDRO. Negro como ese horizonte! (Burlándose.)
VALENT. Y triste como tu pena!
NIEVES. Los otros granos de arena:
este me parece un monte!
Pues escuchad lo que fué.
Olvido es muy buena, sí:
pero nunca para mí
se mostró, no sé por qué,
tan cariñosa y amante
como Esperanza y Benigno.
Qué remedio, me resigno.
Esperanza, Dios mediante,
suple á mi madre en la tierra:
no hay modo de que se enoje:
si me regañan, me coge,
entre sus brazos me encierra,
y hasta me llama, hija mia,
estrechándome en su seno!
Vaya, que si esto es tan bueno,
tener madre, ¿qué sería?
VALENT. Y Olvido? (Con viva ánsia.)

NIEVES. Pone una cara!
una cara que dá espanto!
y mira á Benigno tanto!
y luego... zás, nos separa!
y me aprieta contra sí
hasta que me hace llorar.
Despues, por disimular,
me dá un beso; pero así,
muy de prisa: y pronto acaba:
y finje estar muy serena.
Que si no fuese tan buena
esa mujer... me mataba!
Y agrega luego melosa:
así no se educa un niño:
con tanto y tanto cariño
la estás haciendo mimosa.
VALENT. Y Benigno? (Con ánsia.)
NIEVES. De repente,
me coge y de sopeton
me dá besos á monton
en las manos y en la frente:
como quién dice: «aguantando!
que tú quieras ó no quieras!»
Así se quiere de veras!
VALENT. Y Olvido?
NIEVES. Se va llorando.
VALENT. Por que él te besa?
NIEVES. Pues sí.
Por qué ha de ser? No lo aguanta
Una mujer que es tan santa,
tener envidia de mí!
VALENT. (Ap. á Pedro.) (De esa niña la inocencia
me está desgarrando el alma!
PEDRO. Atencion, astucia y calma:
y sobre todo, prudencia.
VALENT. Tu malicia...
PEDRO. Piensa mal:
piensa siempre lo peor.
Pero no piensa mejor
esa niña angelical.)
No avanzamos en la historia.
(Á Nieves sonriendo.)

NIEVES. No sé cuál? (Ha estado pensativa y triste.)
PEDRO. Por vida mia!
lo que Olvido te decía.
NIEVES. Válgame Dios, qué memoria!
Tienes razon: cosas graves:
y muy tristes. Me llamó
á su cuarto y me besó;
y con palabras muy suaves...
me dijo cosas muy duras.
«Tú, niña, que tanto quieres
»á Esperanza, y la prefieres
»á todos: tú, que procuras,
»en cuanto á tí se te alcanza,
»su dicha; dí, no es extraño
»que le causes tanto daño?»
Yo hacer daño á mi Esperanza! (Lloriqueando)
VALENT. Pero cómo?
NIEVES. Cabalito:
eso mismo pregunté:
y á que no sabe por qué,
ni en qué fundó mi delito?
VALENT. Ella te lo habrá explicado.
PEDRO. Qué razon?...
VALENT. Qué causa ó base?...
NIEVES. Que yo impido que se case
por quererla demasiado. (Rompiendo á llorar.)
Y nada... que se suprimen
los mimos... no hay más que hablar.
Vaya usted á adivinar
que el querer mucho es un crímen!
Y siempre en la misma idea,
agregó, que yo sería
en la boda... ¡madre mia!
una palabra *muy fea*!
que se me ha clavado aquí:
(Poniéndose la mano en el pecho.)
que no la puedo arrancar...
VALENT. Y la olvidaste?
NIEVES. Olvidar!
VALENT. Muy mala?
NIEVES. Muy mala, si.
Que hace daño y mortifica,

y no se bebe de un sorbo.
Que yo sería... ¡un estorbo!
un estorbo y soy tan chica!

VALENT. Calla, que el alma me partes.

NIEVES. Pues no hay más: por más que penes,
¿chiquito, y padres no tienes?
pues sobras en todas partes!

VALENT. Pobre niña, dulce bien!

NIEVES (Acercándose á él con mimo.)
Dime, sería un estorbo
para tí?
(Valentin se aleja bruscamente,)
(Ap.) (Me mira torbo:
á este le estorbo tambien.)
(Hay que comprender bien el sentido de esta última parte de la escena. La niña, pensando mal á su manera, equivoca los sentimientos de Olvido y Benigno; y Valentin y Pedro, pensando mal con mayor malicia, tambien los equivocan en sentido de sus sospechas. Olvido por delicadeza y respeto á Benigno no muestra su ternura para con Nieves: Benigno por delicadeza y compasion extrema su cariño para con la niña. Y así Valentin, Pedro y hasta Nieves, creen que hay oculto odio en Olvido y excesivo amor en Benigno. De todas maneras estas sutilezas es casi inútil explicárselas al que no es capaz de adivinarlas.)

ESCENA III.

VALENTIN, PEDRO, NIEVES, BENIGNO, GENARO, D. PAULINO: los tres por la derecha.

Benigno y Genaro muy amables con D. Paulino: éste procurando mostrarse amable, pero de mal humor.

BENIGNO. Tan pronto nos abandona?

GENARO. Y que el nublado amenaza!

BENIGNO. (Ap.) (Aunque su enojo disfraza
este ya no nos perdona.)

GENARO. (Acercándose al jardin.)
Se prepara como ayer.

PAULINO. No hay miedo de que me atrape:

(Vá con Genaro al rompimiento; en él vuelven á reunirse los tres personajes.)
mis potros en un escape
me llevan á Santander.

BENIGNO. Ya sabe que mi amistad... (Dándole la mano.)

GENARO. Y la mia... (Lo mismo.)
Somos dos
amigos...

PAULINO. Vaya por Dios!
quién lo duda?

GENARO. Y de verdad.

PAULINO. (Ap.) (Mi situacion es muy crítica.)

GENARO. Mande, pues.

BENIGNO. Sin poner tasa.
(Ap.) (Ya que le echemos de casa,
hay que echarle con política.)
(En voz alta.) Conque yo perdon le pido
por todo.

PAULINO. No más.

BENIGNO. Por todo.
Y se marcha de este modo?
sin despedirse de Olvido?

PAULINO. Si no es molestia...
(Ap.) (¿Por fin
me dejarán?)

BENIGNO. No consiento...
Voy á buscarla al momento:
debe andar en el jardin.
Conque queda prisionero
mientras hallo á mi mujer.

PAULINO. (Ap.) (Vete al diablo!)
(Despues se inclina y viene al primer término con D. Genaro.)
Es un placer... (En voz alta.)

BENIGNO. (Ap.) (Aunque yo pague el primero,
es bueno que todos pechen,
y se repartan las cargas,
y estas bebidas amargas
á todos nos aprovechen.) (Sale por el fondo.)

ESCENA IV.

VALENTIN, PEDRO, NIEVES, GENARO, PAULINO.

Valentin á la izquierda: detrás Pedro: Nieves muy á la derecha: D. Paulino se dirige á Valentin.

PAULINO. Don Valentin... (Dándole la mano.)
VALENT. (Lo mismo.) Don Paulino...
PAULINO. Mañana, en el tren del Norte...
si algo dispone... en la córte.
VALENT. Me alegro... (Sin saber lo que dice.)
(Ap.) (Qué desatino!)
PAULINO. (Con cierta ironía cortés.)
Y yo tambien... que concierte
sus planes... y llegue á ser
lo que merece. Á más ver.
(Le dá otra vez la mano.)
VALENT. Feliz viaje.
PAULINO. Buena suerte. (Se dirige á la derecha.)
Hola, Nieves... ya podemos
ser amigos. Mi rival. (Señalándola á los demás.)
Y ha vencido. Es natural.
No me contestas? Firmemos
las paces. (Queriendo besarla.)
GENARO. Vamos, chiquilla,
dale un beso á Don Paulino.
PAULINO. Es un semblante divino!
GENARO. Pon más cerca la mejilla.
(Paulino la besa: ella, con un movimiento instintivo quiere alejarse.)
Á donde vas?
NIEVES. Á jugar.
GENARO. Irás luego: ten paciencia.
PAULINO. Te marchas por mi presencia?
NIEVES. Me marcho por no estorbar. (Con intencion.)
PAULINO. Qué lista!
GENARO. Perfectamente.
PAULINO. Cuántas gracias atesora!
GENARO. Algunas veces, y ahora
le ha dado por ser prudente.

PAULINO. Mucho te quiere Esperanza,
(Á Nieves entre cariñoso é intencionado: dirigiéndose á los demás en realidad.)
y de tal modo sentía
abandonarte, hija mia,
que rompimos la alianza
que codiciaba mi pecho.
Es muy triste... pero en fin,..
no es verdad, don Valentin,
no hay razon contra derecho.
(Señalando á la niña.)
Por eso al menor anuncio
(Dirigiéndose á los demás.)
de obstáculos... con dolor
yo le dije á su tutor:
no se apure usted: renuncio.
(Esto último con mucha intencion.)
NIEVES. (Ap.) (No comprendo ese belen
de palabras. Que más dá:
resulta que al fin se va
y eso me parece bien.)

ESCENA V.

VALENTIN, PEDRO, D. GENARO, NIEVES, PAULINO: en la puerta del jardin BENIGNO.

BENIGNO. Ya la encontré, don Paulino.
PAULINO. Señor mio...
(Despidiéndose desde léjos de Valentin.)
Don Genaro...
(Lo mismo. No se dan la mano.)
PEDRO. Este al menos canta claro.
(Al oido á Valentin.)
VALENT. Tú supones!
PEDRO. Adivino.
VALENT. Se vá con mirada torba.
PEDRO. Fatiga una contramarcha.
NIEVES. (Ap.) (Y yo á ver como se marcha
uno que tambien estorba.)
(Paulino se une á Benigno y desaparecen juntos: detrás, como acechándolos, Nieves.)

ESCENA VI.

VALENTIN, D. GENARO, PEDRO.

GENARO. (Acercándose mucho á Valentin.)
Oyó usté hablar de los parthos?
(Movimiento de Valentin que estaba pensativo)
De aquella Nacion guerrera
del Ásia?
VALENT. Ya.
GENARO. Gente fiera!
Pues cuando estaban muy hartos
de guerrear, y se escapaban,
sacudiendo los herrajes
de sus caballos salvajes,
se volvían y lanzaban,
ya desde léjos, un dardo:
el último... y á correr!
Pues eso acaba de hacer
ese insolente bigardo.
VALENT. No comprendo.
GENARO. Renunciar
á la boda? No, señor:
fué don Benigno, el tutor,
el que no quiso aceptar.
Si hizo bien es otro asunto,
y la cuenta tiene glosas;
pero hay que poner las cosas
en su verdad y en su punto.
VALENT. Con tal que al fin se acomode.
GENARO. Pues que acorte el pataleo.
VALENT. Pues yo motivo no veo
para que usted se incomode.
GENARO. Hay motivo y á ello voy,
que no es lo mismo decir,
«no la quiero recibir,»
que decir «no te la doy.»
Como es rico y tiene escudo,
y está bien emparentado,
y presume de ilustrado,

y á veces parece agudo;
y como espera despues,
por muerte de cierta tia,
una herencia de cuantía
y un título de marqués,
se dijo seguramente
á sí mismo, el pobre mozo,
«van á reventar de gozo,
en cuanto yo me presente.»
Pues no conoce á Benigno:
con más gusto hace merced
á un pobrete como usted...
(Á Valentin: éste hace un movimiento: Pedro le toca: Genaro cambia de tono.)
siendo honrado y siendo digno,
de la chica y su caudal,
que á un señor encopetado,
con almete empenachado
y con diadema ducal.

PEDRO. Porque es hombre de experiencia,
y sabe poner las tildes,
y amparar á las humildes
es virtud y hasta prudencia.
(Con oculta ironía.)
El humilde á veces vale
lo que ninguno presume;
y con tal de que se sume,
en buena ley, lo que sale
por los servicios prestados,
sin sospecharlo quizás,
resulta que vale más
que todos los potentados.

GENARO. Conque del humilde es tanta
la valía? (Irónicamente.)

PEDRO. Siempre ví...

VALENT. (Á Pedro.) Basta ya.

GENARO. Por qué? si á mí
este buen Pedro me encanta!

VALENT. Prudencia, por Dios! (Bajo á Pedro.)

PEDRO. Preciso:
pero él corre y yo soy galgo. (Bajo á Valentin.)

GENARO. (Ap.) (Este quiere decir algo:

bueno es estar sobre aviso.)
(Alto.) Conque venga el desenlace
del cuento.

PEDRO. Si no era cuento.

GENARO. (Impaciente.)
Pues bien, de su pensamiento.

PEDRO. Pregunte usted si le place.

GENARO. En esos íntimos tratos,
¿qué servicios oficiosos
prestan á los poderosos
los pobres?

PEDRO. Los más ingratos.
Forman parte del monton:
protejen cual tosca valla:
y en el campo de batalla
son la carne de cañon.

GENARO. Concretemos más el caso.

PEDRO. En qué sentido no sé.

GENARO. En el que le ocurra á usté.

PEDRO. Pues en fin, si hay en el vaso
de la vida humana un sorbo
amargo, el pobre lo apura:
si algo estorba por ventura,
él carga con el estorbo. (Con intencion.)

VALENT. No más. (Ap. á Pedro.)

PEDRO. (Ap. á Valentin.)
No me he propasado.

VALENT. (Ap. á Pedro.)
Pues se enoja á lo que entiendo.

GENARO. (Ap.) (Lo que tú me estás diciendo
llueve ya sobre mojado.)

VALENT. (Ap) (Atajarle es conveniente,
que don Genaro le acosa
de firme.) (Alto.) Conque á otra cosa.

GENARO. Apuremos la materia.

PEDRO. En suma, yo así contemplo
la sociedad.

GENARO. Gran vileza.

PEDRO. Eso no, naturaleza
nos suele dar el ejemplo.

GENARO. (Con altanería é impaciencia.)
Venga alguno en conclusion.

PEDRO. Entre picachos salvajes
me dió muchos en mis viajes
la americana region.
Le *sobra* al monte una roca?
pues busca un pobre arroyuelo,
en él vierte su deshielo,
lo arroja con ánsia loca,
en que interna pasion vibre,
contra la roca saliente,
y ruedan roca y torrente
y el coloso queda libre.
GENARO. Pues yo, señor secretario, (Estallando al fin.)
mayordomo ó consejero,
que no sé historias ni quiero,
ni estudié en el seminario,
que hablo siempre al natural,
que apólogos no fabrico,
y mi pensamiento explico
en castellano aunque mal;
quiero que don Valentin
me traduzca á mi lenguaje
de ese lírico pasaje
el fondo cobarde y ruin.
PEDRO. Don Genaro!
VALENT. Don Genaro!
GENARO. Sin torrentes y sin rocas:
palabras, breves y pocas,
y si hay insulto muy claro.
VALENT. Pongo al cielo por testigo!...
GENARO. Buen testigo, sí señor.
Júreme usted por su honor
que no entiende lo que digo.
(Pequeña pausa.)
VALENT. Lo entiendo. (Con energía.)
GENARO. Nada se pierde.
Jure usted por la memoria
de su padre, que esté en gloria,
que la duda no le muerde.
VALENT. Me muerde en el corazon
aunque no quiero que muerda.
Yo no miento, aunque me pierda
por franco, la confesion.

GENARO. Eso es mejor, á fé mia,
don Valentin.

VALENT. Don Genaro,
hablé corto y hablé claro,
hablé como usted quería.
Tal es la verdad desnuda...
aunque usted quizá la agranda.
En las acciones se manda
si se quiere... no en la duda.

GENARO. Algo costó, pero al fin
logré el secreto á pedazos.

VALENT. Benigno!... (En este momento viene del jardin.)

BENIGNO. Dame los brazos!
(Corre á él muy gozoso y le abraza.)

GENARO. Siempre imbécil! (Ap.)

BENIGNO. Valentin!

ESCENA VII.

VALENTIN, BENIGNO, D. GENARO, PEDRO.

BENIGNO. Allá se vá don Paulino
con la fusta y el rendaje,
tragando polvo y coraje
á lo largo del camino.
Un fustazo á cada potro:
duró lo que dura un lampo:
y quedó por tuyo el campo
y despachamos al otro.
Falló el tribunal en pleno:
mostróse prudente y justo...
¡sobre todo hizo su gusto!
pero ahora empieza lo bueno.
Vamos á ver, ¿y Esperanza?
¿qué hacemos de esa muñeca?
regalársela á un babieca
que la quiere y no se lanza.
Que le animo, que le arguyo,
y hecho siempre un ave fria,
ni dice esta boca es mia,
ni dice este pecho es tuyo:

que siente ardores de fragua:
que vierte llanto de pena,
y escribe sobre la arena
y á poco más sobre el agua.
Pero yo no me resigno:
ni soy manco, ni soy mudo,
y me llamo don Tozudo,
si me llamo don Benigno.
Conque ya es tuya, bribon!
Ahora dí si estás contento!
Tú me ganas en talento,
pero nadie en corazon!

VALENT. Ni sé cómo agradecerte,
ni qué deba contestarte!

BENIGNO. Yo he debido prepararte,
pero yo soy de esta suerte.

VALENT. Y sin embargo, me humillas!

BENIGNO. Que te humillo?

VALENT. Sí por Dios!
que por uno de los dos
siento fuego en las mejillas.

BENIGNO. No comprendo!

VALENT. Que me abrumas!

BENIGNO. Pero por qué ese repique? (Con burla.)

GENARO. Ni es fácil que te lo explique,
ni es fácil que lo presumas.

BENIGNO. Pues quiero saberlo, y pronto,
para estar en mi terreno.

GENARO. Que hay alguno, que es tan bueno
que de puro bueno es tonto.
(Benigno medita algunos instantes.)

BENIGNO. Ese soy yo.

GENARO. No percibo.
ni ha llegado á mi noticia,
nadie que con más justicia
me reclame el adjetivo.

BENIGNO. Pues yo lo acierto. (Á Valentin.)

VALENT. Jamás!

BENIGNO. Es modestia. (Señalando á Valentin.)

GENARO. No es modestia.

BENIGNO. Va siendo como la bestia
apocalíptica.

GENARO. Más.
BENIGNO. Tiene celos, qué simplon!
de don Paulino.
GENARO. Tampoco.
BENIGNO. Entónces se ha vuelto loco.
GENARO. Ya vas hablando en razon.
BENIGNO. Pues algo ha de ser... Ya dí!
Eres pobre y ella es rica,
y acaso te mortifica...
(Con cariño á Valentin.)
Pues no tengo para tí
si te fué la suerte ingrata,
preparado un buen desquite?
PEDRO. (Al oido á Valentin.)
La cumbre que se derrite
y manda caudal de plata.
BENIGNO. (Abrazándole.) Tú desdeñas estos lazos?
VALENT. No hay voluntad que me tuerza!
BENIGNO. Pues yo te llevo á la fuerza
y te arrojo entre sus brazos.
La quieres?
VALENT. Con ánsia loca!
BENIGNO. Pues media vuelta y de frente.
PEDRO. Así en mi cuento al torrente
echó el monte hácia la roca.
VALENT. Suelta, Benigno!
BENIGNO. (Cambiando de tono.) Qué es esto
que ya me pone en cuidado!
(Mirando á su alrededor.)
Ni en la casa de un finado
cuando ya el mortuorio apresto
oprime los corazones,
y flota la negra gasa,
y á la puerta de la casa
entre filas de blandones
llega el fúnebre vehículo,
rostros tan tristes se ven.
GENARO. Esto es que te portas bien
y te pones en ridículo!
BENIGNO. De una vez, la verdad!
VALENT. (Deteniendo á D. Genaro.) No!
GENARO. Tú quieres saberla?

BENIGNO. Sí!
VALENT. Pues no respondo de mí!
BENIGNO. Por todos respondo yo.
GENARO. Bien se vé por qué me increpa!
VALENT. Porque temo!...
GENARO. Es natural!
eso tiene el pensar mal,
que da miedo que se sepa.
VALENT. (Á Genaro.) Se goza usté en mi tormento
ó anhela que él me desprecie?
(Refiriéndose á Benigno.)
BENIGNO. Pero en suma, de qué especie
es ese mal pensamiento,
ni en qué se refiere á mí?
GENARO. Se refiere con ultraje
y su linaje es linaje
que se avergüenza de sí.
BENIGNO. Pues hablen claro.
PEDRO. (Mirando al jardin.) Esperanza!
VALENT. Delante de ella jamás!
BENIGNO. Los dos. (Queriendo llevarse á D. Genaro.)
GENARO. Los tres. (Señalando á Pedro.)
(Tú verás
(Á Benigno en voz baja.)
lo que ese bergante alcanza.)
(Van á salir los tres: Valentin los sigue: D. Genaro le detiene con el gesto.)
Usté aquí. (Con imperio.)
VALENT. Por tales modos
no cejo!
GENARO. Quién se me opone?
BENIGNO. Lo que mi padre dispone (Con energía.)
es sagrado para todos.
(Valentin se detiene: los otros tres salen por la derecha con movimientos apresurados: en esto instante entra del jardin Esperanza trayendo de la mano á Nieves.)

ESCENA VIII.

VALENTIN, ESPERANZA, NIEVES.

ESP. Qué animados van?
NIEVES. Ya sé.
ESP. Tú sabes?... qué desatino!
NIEVES. Que no? Pues bien, lo adivino.
ESP. Que tu adivinas por qué
con tanta resolucion
salen juntos?
NIEVES. Está claro.
No comprendes? Don Genaro
les va á dar una leccion
de historia ó de geografía.
ESP. Estás de broma!
NIEVES. Sí broma!
Ese es el aire que toma
cuando me explica la mía.
Á ese ya se la explicó,
(Señalando á D. Valentin.)
por eso está tan mohino.
ESP. Y al pobre de don Paulino?
NIEVES. Olvido dice que yo.
ESP. Dice que tú? Tiene gracia.
(Dirigiéndose á D. Valentin.)
Allá fuera está nublado
y no está más despejado
aquí dentro por desgracia.
No me oye usté, Valentin?
VALENT. (Ap.) (Qué dulce su voz resuena!)
Perdone usted... me encadena (En voz alta.)
el encanto...
(Ver el fin (Ap.)
de mis ansias! y anhelante
y loco y ciego llegar!...)
Quieres marcharte á jugar?
(Dirigiéndose á Nieves que está á la derecha algo separada de Esperanza.)
NIEVES. He jugado ya bastante.

(Pasando por delante de Valentin y abrazándose á Esperanza.)

ESP. (Á Nieves.) Está el jardin muy hermoso.

NIEVES. Muy hermoso y sopla un viento!

VALENT. Ha calmado.

ESP. Es un momento.

NIEVES. No, que se pone furioso
el abuelo! Y si me alcanza!
en cruz junto á la pared!

VALENT. (Ap.) (Tengo que hablar con usted:
me va la vida, Esperanza!
Una angustia horrible, interna!...)

ESP. No está Olvido? (Señalando hácia el jardin.)

NIEVES. Es regular:
porque esa sale á pasear
siempre que sopla galerna.

VALENT. Vamos, Nieves!... (Queriendo que se marche.)

ESP. Vida mia! (Lo mismo.)

VALENT. Te haré un regalo.

NIEVES. Qué listo!
Usted quiere por lo visto
que me dé una pulmonia.

ESP. Qué niña! estás muy pesada!

VALENT. Obedece, niña! ven! (Cogiéndola por un brazo.)

NIEVES. (Desprendiéndose de Valentin y abrazándose á Esperanza.)
Ya se conoce muy bien (Á Valentin.)
que á usted no le importo nada...
Pero tú... (Á Esperanza.) de tal manera
tratarme! ¿Quién lo creería?
Mi madre no me enviaría
con este tiempo allá fuera. (Se echa á llorar.)

VALENT. Eres divina! perdon!
(Abrazándola y besándola con verdadera alegría, porque la respuesta inocente de la niña calma por un instante sus malos pensamientos.)
sublime! y encantadora!

NIEVES. Está de aquí:
(Ap., tocándose la frente con el dedo.)
porque ahora
me besa de corazon.

VALENT. Fuera, no; pero allá dentro.

Esp. Si, Nieves; yo te lo pido.
Nieves. Y lo que me has prometido?
Esp. Despues.
Nieves. Y si no te encuentro?
Tu me lo explicas... y en paz.
Valent. Explíqueselo por Dios!
Esp. En dos palabras?
Nieves. En dos.
(Ap.) (Lo que es en dos no es capaz
de explicármelo. De modo,
que por más que las limite,
serán las que necesite
para explicarmelo todo.)
Yo le dije hace un momento (En voz alta.)
que una cosa me bullía
en la cabeza.
Esp. Y temía
que fuese un mal pensamiento.
Nieves. Y ella me dijo: «sucede
»que esos pensamientos malos
»casi siempre son regalos
»del diablo.» Y yo dije: puede!
Y lo empezaba á explicar
cuando llegamos aquí.
Valent. Pues acabe.
Esp. Y luégo?...
Nieves. Sí:
luégo me voy á jugar.
Esp. (Pausa.) Una niña y un jardin:
y en el cielo resplandores:
el jardin lleno de flores
y la niña un querubin.
Pues cruzando una enramada,
como otras veces solía,
fijó su atencion un dia
en una piedra pintada.
Se empeñó en coger el guijo:
se arañó con un sarmiento:
y tuvo un mal pensamiento:
no sé cuál á punto fijo.
Algo ajeno á su inocencia
y á su dulzura habitual:

el mal que nace del mal:
la cólera y la impaciencia.
Quien sabe, acaso Luzbel,
que en acecho el bribonazo
envenenó el arañazo
con unas gotas de hiel.
Pues mira qué confusion!
desde aquella hora funesta
apareció en la floresta
un horrible moscardon!
Ya del sol en un destello:
ya en el caño de una fuente:
ya picándola en la frente:
ya zumbándola en el cuello.
Y cuanto más la hostigaba,
de su cabecita rubia,
cual negras gotas de lluvia
más negro tropel brotaba.
Siempre tercos y zumbones!
Siempre mordiendo con hambre!
el jardin era un enjambre
de moscas y de moscones!
Y la niña se afligía!
y el eden se oscureció!
pero una noche soñó,
buscando en su fantasía
la causa de sus tormentos,
que aquellos horribles bichos
nacían de sus caprichos,
de sus malos pensamientos,
y de sus acciones malas,
que al salir de su cabeza
tomaban con sutileza
sucio cuerpo y negras alas.
Y arrepentida y llorosa
desde entónces pensó bien:
¡y qué delicia el eden!
¡cuánta y cuánta mariposa!
Piensa mal y mancharás
del sol el azul palacio:
piensa bien y el ancho espacio
de luceros poblarás.

(Nieves se queda pensativa)
Que te hizo impresion recelo!
Qué piensas?

NIEVES. Te lo confió? (Pequeña pausa.)
De qué pensamiento mio
se habrá formado el abuelo!

ESP. (Ap.) (Y vaya usted á explicar...
una leccion malograda.)
Esperas algo? (En voz alta.)

NIEVES. Ya, nada.

VALENT. Pues bueno, vete á jugar.

NIEVES. Más tarde?...

ESP. Podrás venir.

NIEVES. Adios...

ESP. Adios...

NIEVES. Otro beso.

(Se vá Nieves lentamente, como si pensase en algo
Valentin se acerca con ánsia.)

VALENT. Por fin el horrible peso...

ESP. Me asusta usted!

VALENT. Qué decir
no acierto! En el corazon
está su imágen de usté...
y sin embargo...

NIEVES. Ya sé
por qué me mordió el pachon!
(Vuelve corriendo.)

VALENT. Se acaba mi sufrimiento!
(Separándose con ira de Esperanza.)

NIEVES. (Asustada.) Si ya me voy... no me riña...

VALENT. (Ap.) (Parece esta hermosa niña
un moscon de los del cuento!)
(Nótese que en efecto es un moscon del cuento; al
menos para Valentin, porque es el resultado de una
de sus malas acciones.)

ESP. Estás pesada!

NIEVES. Por Dios
no te enfades tú tambien.
Dos palabras....

ESP. (Levantándose.) Serán cien!

NIEVES. Cuando le digo que dos!
(Ya ni Valentin ni Esperanza la atienden: Ella va

del uno al otro.)

Pues fué porque cierto dia,
dí mi merienda al alano,
negándosela á un anciano
que hambriento me la pedia.
Pero yo era muy pequeña.
y ya estoy bien castigada:
me ha dejado señalada.

(Queriendo enseñar la mano á Valentin y á Esperanza, que no le hacen caso.)

VALENT. Vete, Nieves.

NIEVES. (Con miedo.) Si se empeña...
Adios... (Á Esperanza.) Donde me mordió
dame un beso. (Siguiendo á Esperanza.)
Qué colmillo!
Aquí... cerca del anillo!

(Esperanza le da un beso: despues Nieves se acerca humilde y mimosa á Valentin.)

No se enfade... se acabó.
(Ap.) (Si él se enfada es regular.
que tambien se enfade aquella.)
(Alto.) Mire la mella... qué mella!
Y usted, no quiere besar?
(Enseñándole la mano.)
Despues me voy al jardin.

VALENT. Basta, Nieves. (La besa en la cara.)

NIEVES. No esté arisco.
El último: en el mordisco. (Dándole la mano.)

VALENT. Dáme...

(Vá á darle un beso en la mano y repara en la sortija.)

¡Nieves!

BENIGNO. (Desde dentro con voz de gran enojo.) Valentin!

ESCENA IX.

VALENTIN, BENIGNO, NIEVES, ESPERANZA.

Valentin á la izquierda con la niña: á la derecha Esperanza. Benigno entra por la puerta en que hizo mútis .

VALENT. Mi sangre se hiela toda! (Sin soltar á la niña.)

que es esto?

BENIGNO. Vete, Esperanza.
Vamos, pronto, sin tardanza.

ESP. Es para hablar?... (En voz baja.)

BENIGNO. (Lo mismo y con ironía.) De la boda.

ESP. De veras?

BENIGNO. Déjame.

ESP. (Con miedo y timidez.) Adios.
Qué palidez! y qué acento!
(Sale por la derecha mirando á todos con recelo.)

NIEVES. Mi anillo!...
(Oponiéndose á que se lo quite Valentin.)

VALENT. Solo un momento.
(Detiene á la niña y se inclina para quitarla el anillo.)

BENIGNO. Nieves! (Mandándola salir.)

VALENT. Aguarda.
(Despues que la quíta el anillo, Nieves sale al jardin.)

BENIGNO. Los dos!

ESCENA X.

VALENTIN, BENIGNO.

BENIGNO. Tu cuerpo estaba inclinado
y pálida tu mejilla.
Para doblar la rodilla
poco faltaba. Y cuidado,
que aunque á nadie lo exigí
y es humillacion muy dura,
no te queda otra postura
ante Nieves y ante mí.

VALENT. Si lo exiges me arrodillo;
ahora, luégo, cuando quieras;
pero dime ¡y muy de veras!
de donde viene este anillo.
(Benigno lo mira y retrocede, contemplando á Valentin como el actor crea oportuno.)
Mira que me importa mucho,
que antiguas culpas pregona,
que una cadena eslabona
ya rota; y cuanto más lucho

por unirla más la quiebro,
y el huracan que allá ruge,
más ruge y con más empuje
en mi sangre y mi cerebro.

BENIGNO. Qué dices?... fué desvarío!
VALENT. En mi angustia no te cebes!
BENIGNO. Era del padre de Nives!
VALENT. No es cierto porque es el mio!
BENIGNO. (Oprimiéndose la cabeza.)
Siento fuego!... siento plomo!
VALENT. Una noche borrascosa...
BENIGNO. Una mujer muy hermosa...
VALENT. Una mujer... no sé cómo.
BENIGNO. Lo arrancó...
VALENT. Sí, de mi mano...
al recobrar la razon!...
BENIGNO. Á oscuras... en un rincon?...
VALENT. De la choza del Milano!
BENIGNO. (Dá un grito. Se oye otro de Olvido.)
OLVIDO. Socorro! á mí!
BENIGNO. No has oido?
voz lejana!
VALENT. Voz interna!
NIEVES. (Viene corriendo del jardin.)
Es Olvido!... la galerna,
la arrebata!
BENIGNO. Olvido!
VALENT. (Se arroja al jardin y sale.) Olvido!

ESCENA XI.

BENIGNO, NIEVES.

NIEVES. Vaya usted tambien!
BENIGNO. (Vacilante.) Ya voy!...
pero me ciega una nube!
NIEVES. (Mirando.) Llega!... la coge!... la sube!
la salva!... (Batiendo las manos viene al centro.)
Pues lo que es hoy,
aunque ese señor no es bueno...
no se ha portado muy mal.
Diré que vengan?

BENIGNO. Sí tal.
NIEVES. Pues corro...
BENIGNO. (Con rabia celosa mirando al jardin.)
Sobre su seno!

ESCENA XII.

VALENTIN, BENIGNO, OLVIDO desmayada.

Valentin la trae sin sentido y la deja en el sofá; á su lado Benigno y él.

BENIGNO. Ya está claro, Valentin! (Con terrible ironía.)
Tú heredabas mi manceba!
y Nieves mi sangre lleva!
y cobarde, y torpe, y ruin
te doy ¡si no te incomodas!
con ardor que nada entibia,
deshechos de mi lascivia
para tu noche de bodas!
La traicion que viste aquí
era tu propio reflejo,
olvidado ya por viejo
y proyectándose en mí.
¡De la infamia el torpe roce
como puede ser fecundo,
si no se encuentra en el mundo
un amigo que lo goce!
VALENT. De defenderme no trato!
Tu ira sacia!
BENIGNO. Te prevengo
que si callas... me contengo:
si dices algo... te mato!
Y fuera injusto... eso sí:
(Cambiando de tono y con desaliento.)
porque quién te ha de culpar?
echaste lodo al azar
y vino á dar sobre mí.
Sobre mí!... vaya por Dios!
Pero tengo mi egoismo,
y desde hoy media un abismo
para siempre entre los dos..

VALENT. Ella es pura... al ampararla
aquella noche... á traicion...
BENIGNO. Si tendrás la pretension
de enseñarme á respetarla!
VALENT. En sí vuelve!
BENIGNO. Pues silencio.
Jamás debe comprender
que en el fondo de mi ser
á ódio eterno te sentencio.
Y ahora los dos... á fingir:
á fingir por varios modos:
como siempre... para todos:
como nunca... hasta morir.
VALENT. Mi angustia!...
BENIGNO. Nada remedia.
VALENT. Mi llanto!...
BENIGNO Nada resuelve.
Ella mira... y álguien vuelve:
¡adelante la comedia!

ESCENA ÚLTIMA.

OLVIDO, VALENTIN, BENIGNO, ESPERANZA, NIEVES, GENARO.

Todos rodean á Olvido que vuelve en sí.

OLVIDO. Qué susto!...
ESP. (Sentándose á su lado y abrazándola.)
Pero qué ha sido?
OLVIDO. Nada en suma... y ya ha pasado.
Pobre Esperanza, te he dado
un mal rato!
(Echándole los brazos.)
ESP. (Abrazándola tambien.) Pobre Olvido!
GENARO. Lo mismo te vá á pasar (Cogiendo á Nieves.)
si el ejemplo no te enseña,
y como eres tan pequeña...
te coge el viento... y al mar.
Lo estás viendo? no es chochez!
No quiero que vayais solas!
NIEVES. (Por Benigno, dirigiéndose á él y cogiéndole las manos.)

Él me salvó de las olas,
me salvaria otra vez.

OLVIDO. Bah! las tristezas se olvidan.
Hoy todo ha de ser contento!
Cuándo se hace el casamiento?
(Sonriendo á Esperanza y Valentin.)

ESP. Cuando ustedes lo decidan.

BENIGNO. Sin embargo... (Con tono rencoroso.)

OLVIDO. (Riendo.) No te opongas
á que abreviemos el plazo!

ESP. Qué buena! dame un abrazo!

BENIGNO. Será... cuando tú dispongas.

OLVIDO. (Á Valentin.) Y despues al nuevo mundo...
ella tiene allá sus bienes...
(Benigno coge de la mano á Esperanza y se la entrega á Valentin, de modo que Esperanza y Valentin quedan juntos á la derecha.)

BENIGNO. Mujer y fortuna tienes.

VALENT. Y como sé... que es profundo...
el cariño que á Esperanza
tiene esa niña... yo digo...
que puede venir conmigo...
si vuestro permiso alcanza.
(Coge á Nieves y la lleva con Esperanza: así queda la niña entre los dos.)

ESP. Conmigo: verdad que si?

NIEVES. Como antes te has enojado.

ESP. Pero ya te he perdonado.

VALENT. Siempre, siempre junto á mí!
(Olvido desde la izquierda les mira con angustia.)

GENARO. (Ap.) (Tiene un corazon muy negro!)

VALENT. (Consultando con Esperanza que asiente.)
Ya logró nuestra promesa...

BENIGNO. Nieves... (Cogiéndola de la mano.)
(Señalando á Olvido.) Se queda con esa.
(Pasa con ella y entrega la niña á Olvido, que la coge entre sus brazos.)

OLVIDO. Hija del alma!

GENARO. (Ap.) (Me alegro!)

OLVIDO. (Ap. á Nieves.) (Esperanza no te quiere
del modo que yo te quiero!
Yo... si te pierdo... me muero!

Y Esperanza... no se muere,
(La besa y llora con ella.)

NIEVES. (Acariciándola.)
Bueno... bueno... seca el llanto.
Si aquella me ha de olvidar...)
(Ap.) (Quién había de pensar
que esta me quisiese tanto!)

VALENT. Si es venganza...
(Ap. á Benigno: los dos en el centro: á la izquierda Olvido con le niña: detrás Genaro, á la derecha Esperanza.)

BENIGNO. No me vengo
jamás. Déjame y olvida.
Como le salvé la vida,
(En voz alta, fingiendo alegría.)
ya por su padre me tengo.

VALENT. (Ap. á Benigno.) Perdona, pero es mejor
mi derecho.

BENIGNO. (Lo mismo.) No, á mi ver.
La engendraste en el placer.
Yo la engendré en el dolor.
Tú, por sorpresa, en lo inerte,
con tus infamias á solas!
yo en el centro de las olas
y luchando con la muerte!
(Separándose de Valentin y dirigiéndose alegremente á Olvido: en voz alta.)
Conque ya la he rescatado. (Por Nieves.)

OLVIDO. Benigno! (Abrazándose á él.)

BENIGNO. (Ap. á Olvido.) No más sufrir.
(Con solemnidad y tristeza, á Valentin en voz baja.)
Ya te dejo... el porvenir:
déjale á Olvido... el pasado.
(Quedan en dos grupos: á la izquierda Olvido, Genaro, y Benigno rodeando á la niña, á la derecha Valentin y Esperanza.)

FIN DEL PROVERBIO.

112

PENSAMIENTO DE LA COMEDIA.

El *mal* que nos rodea, que nos amenaza, y que tal vez nos hiere, en parte es *obra nuestra:* allá en tiempos pasados lo engendraron nuestras pasiones, despues circuló por el mundo, y al fin vuelve á nosotros, pero de tal modo transformado, que ya no lo reconocemos y lo atribuimos á la maldad de los demás hombres ó á crueldades del destino.

Aplicacion de esta idea ó de esta ley moral.

Valentin, cuando jóven, y estando de caza, fué sorprendido por una galerna y se guareció en una choza abandonada. Iba anocheciendo cuando oyó gritos de una mujer que pedia socorro; salió á buscarla y sin sentido la trajo á su provisional albergue. Allí pasaron los dos juntos, y entre sombras, algunas horas, y Valentin no respetó al ser débil que la casualidad ponía bajo su proteccion.

Diez años despues Valentin está en casa de Benigno amparado por este, que quiere casarle con su rica y hermosa pupila; y á punto se halla de realizar todos sus ensueños de dicha. Pero malos pensamientos le asaltan: en aquella casa hay un misterio: adivina algo de la verdad, y la verdad es su propia infamia, aunque con tales apariencias de ajena, que por ajena la toma.

Así llega á imaginarse, que Benigno, que debía ser protector de Esperanza, convirtió la proteccion en deshonra; que el fruto de aquellos impuros amores es Nieves; y en fin, que su amigo quiere desembarazarse de tales estorbos, recuerdos vivos y molestísimos de su

mala accion, casando á Esperanza con él y entregándoles la niña.

En el fondo los hechos son ciertos; pero los personajes son bien distintos de los que Valentin supone.

Existe un hombre que debiendo amparar á una mujer, la deshonró; pero no es Benigno, sino Valentin.

Existe una mujer manchada en su pasado; pero no es Esperanza, sino Olvido.

Existe el fruto de la deshonra; pero Nieves no es hija de Esperanza y Benigno, sino de Olvido y Valentin.

Existe, por último, un hombre que dejó deshechos de su lascivia para las bodas de su mejor amigo; pero no es Benigno, sino Valentin siempre.

En suma, vé en los demás el reflejo de su propia infamia.

